

Zilda Giunchetti Rosin

Pérdida de Seres Queridos



MENSAJE FRATERNAL

Apartado Postal 22 28 Caracas 1010-A - Venezuela.
Calle 12 A, entre Calles 7 y 8, Quinta Mensaje Fraternal.
Urbanización Vista Alegre, Caracas, 1020, Venezuela.
Telfs. (58-2) 472 13 25 - 472 77 46 - 472 92 89.
mensajefraternal@telcel.net.ve

ISBN 85-7341-323-9

TRADUCCIÓN:

Lic. Luis Guerrero Ovalle

REVISIÓN:

*Ana María García Asencio
Alipio González Hernández
José Luis Darias
Marina Navarro*

PORTADA:

César França de Oliveira

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA:

*Michelangelo, La Pietà.
Basílica de San Pedro. El Vaticano, Roma.
“Tema expresivo de gran fuerza. Representa la aceptación
plena y confiante de la voluntad divina”*

Aurita de Almeida

DIAGRAMACIÓN:

María Isabel Estéfano Rissi

Derechos Reservados

3ª edición - enero/2005
3.000 ejemplares
(16.001 ao 19.000)

Impreso en el Brasil - Printed in Brazil



INSTITUTO DE DIFUSÃO ESPÍRITA
Av. Otto Barreto, 1067 - Caixa Postal 110
CEP 13602-970 - Araras - SP - Brasil
Fone (19) 3541-0077 - Fax (19) 3541-0966
C.G.C. (MF) 44.220.101/0001-43
Inscrição Estadual 182.010.405.118

www.ide.org.br
info@ide.org.br
vendas@ide.org.br

Dedicado a

Francisco Cândido Xavier

Por medio de este libro, el lector tendrá conocimiento de un hecho real, heroicamente vivido, que probará la inmortalidad del alma.

Como prueba irrefutable de este hecho, contiene un gran mensaje psicografiado por Francisco Cândido Xavier.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	11
INTRODUCCIÓN A LA TERCERA EDICIÓN EN PORTUGUÉS	13
EXPLICACIÓN NECESARIA	15
MI RELIGIÓN	17
EL DESASTRE	22
APARECE DIÓGENES	31
LOS DOS PRIMEROS ENCUENTROS	33
LA MORADA DE LOS QUE MUEREN PRONTO	36
PRIMER ENCUENTRO CON DRAUSIO	39
LA UNIÓN HACE LA FUERZA	41
LA FE QUE VENCÍÓ LA MUERTE	46
LA CAMISA	51
EL ENCUENTRO QUE SECA LAS LÁGRIMAS	53
LA CORRIENTE MAGNÉTICA	56
EL PRIMER TRABAJO	59
EL GRAN MENSAJE	63
EL MENSAJE	67
CONFIRMANDO EL MENSAJE	71
CARLITOS SE MANIFIESTA	73
EL DIARIO ESPIRITUAL	76
LA PRUEBA	81
LA ESCUELA ESPIRITUAL	85
“EL TRIÁNGULO ESPÍRITA” PUBLICA EL MENSAJE	90
INTENTAN OBSESARME	92
NAVIDAD	95

EL PASADO EXIGÍA	97
EL TRATAMIENTO ESPIRITUAL	100
LA NOTICIA	104
EL DISCO	106
LA CONFEDERACIÓN ESPIRITUAL	108
DIÓGENES INTENTA AUXILIARME	111
LA ALIMENTACIÓN ESPIRITUAL	114
EL SUEÑO	117
DRAUSIO VIENE A ALERTARME	120
LA VISITA	124
EN PLENA PAZ	127
UN VALIOSO TRABAJO DE DRAUSIO	129
ELLOS VIENEN A VISITARME	133
MI TRIUNFO	135
ADEMARCITO SE MANIFIESTA	137
UN TRABAJO MATERIAL	139
MENSAJE DE DIÓGENES	141
DRAUSIO CONTINÚA TRABAJANDO	144
PREOCUPADA	146
DIÓGENES LLORA	148
SOCORRIENDO	149
DIÓGENES ESTÁ NUEVAMENTE ALEGRE	151
DIÓGENES ESTÁ TRAJANDO	155
ANTE LOS QUE PARTIERON	158

PRESENTACIÓN

Querido lector:

Este libro, *PÉRDIDA DE SERES QUERIDOS*, es la obra seleccionada por Alguien que, desde lo Alto, nos inspira para difundir el más bello Ideal, el de la ESPIRITUALIDAD, mediante la Tercera Revelación.

Una abnegada hija del Señor, vino a este Mundo dotada con todos los atributos necesarios, dispuesta a inmolarsse, a constituirse en ejemplo vivo, a ofrecerse en holocausto por el Supremo Bien y por el Amor, contribuyendo a mitigar el más lancinante de los dolores: el de la inesperada pérdida de seres queridos.

Esto da lugar a que nuestra muy joven y amada Institución “SPIRITUALIST SCIENCE FOUNDATION”, de Miami, Florida, U.S.A., de carácter “Non Profit” (sin lucro personal), se inicie como EDITORA de obras seleccionadas, de alto contenido espiritual, como ésta que, por la Gracia de Dios, te ofrecemos como primera selección.

Contribuyen a ello, en primer término, la autora de este libro, señora Zilda Giunchetti Rosin, cediendo gratuitamente sus derechos literarios y, a continuación, el Licenciado Luis Guerrero Ovalle, que asimismo cedió sus derechos de traductor, y el Instituto de Difusão Espírita de Araras, San Pablo, Brasil (Editores del *Anuario Espírita*), que representándonos gentilmente y con sumo desinterés, gestionó y obtuvo la

impresión en los Talleres Gráficos del “Grupo Espírita Sayão”, de la misma localidad, que se brindó a hacerla sin utilidad alguna, en un gesto maravilloso de renunciación y de amor al Ideal. Por tanto, la diferencia entre el costo y el precio de venta a las librerías y comercios de venta al público, será utilizada, EXCLUSIVAMENTE, para cubrir el elevado costo de distribución y de activa propaganda en los 21 países de habla castellana, y a su debido tiempo, para procurar su traducción, impresión y distribución en todas las naciones de habla inglesa.

Nuestro reconocimiento pues, a ellos, que han hecho posible la impresión en nuestro idioma de este maravilloso libro, motivado por un DRAMA TERRIBLE, desarrollado con dolor al rojo vivo, aunque envuelto en el Sublime Amor; de un libro que constituye un manjar espiritual que nutrirá las almas y contribuirá a mitigar, en muchas, el cruento dolor que sientan por la muerte inesperada de seres queridos.

Te lo ofrece con la mayor buena voluntad, dando Gracias a Dios por concederle esta oportunidad:

SPIRITUALIST SCIENCE FOUNDATION, Inc.

P.O. Box 133 – Riverside Station

Miami, Florida, 33135 U.S.A.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Llevamos más de cincuenta y cinco años dedicados al estudio del Espiritismo y, como es natural, son muchos los libros que hemos leído sobre este sublime Ideal: unos, debidos al talento y al esfuerzo de hombres notables, como Allan Kardec, Flammarion, Denis, Delanne, Richet, Aksakof, Bozzano, etc., etc., y otros, de carácter mediúmnico, es decir, dictados por elevados espíritus, como Emmanuel, André Luiz, Ramatís, Víctor Hugo, Bezerra de Menezes, etc., etc. De los primeros, hemos traducido al castellano dos: *Materializaciones Luminosas*, del Dr. R. A. Ranieri, y el presente. De los segundos, nueve: *Volví, La Vida en el Mundo Espiritual, Cómo se Reencarna, Los Mensajeros Espirituales, Misioneros de la Luz, Acción y Reacción, La Vida en el Planeta Marte y los Discos Voladores, Fisiología del Alma y Memorias de un Suicida*.

Como no nos guió interés económico alguno, ya que hemos realizado ese humilde trabajo gratuitamente, tuvimos la libertad de seleccionar las obras que hemos juzgado de mayor utilidad en general en los momentos actuales, y por ello, nos permitimos recomendarlas como excelentes, como ejemplares para darnos a conocer la razón de vivir del Espíritu, y la necesidad de lograr nuestro auto perfeccionamiento espiritual.

Cuando juzgábamos que dada nuestra avanzada edad no debíamos continuar nuestra labor, manos amigas, las de los muy queridos hermanos en ideal señorita Ruth Pitombo y el Sr. João G. Camargo y su esposa, a su paso por Miami, a su regreso de

Europa para su patria, Brasil, pusieron en las nuestras un ejemplar del libro, ***PÉRDIDA DE SERES QUERIDOS***, escrito por la distinguida dama señora Zilda Giunchetti Rosin, con el loable propósito de desahogar su sangrante corazón de madre, que perdió a sus dos únicos hijos en un terrible accidente automovilístico, y con el nobilísimo empeño de llevar consuelo a las almas que sufren la más grande de las angustias: la de ver partir a sus seres queridos; demostrándoles con pruebas personales e irrefutables, que la muerte no existe como se juzga en la Tierra, que esos seres queridos solamente han perdido el cuerpo físico, y que sus almas eternas siguen viviendo en ese Más Allá ineludible que a todos nos espera y en el que volveremos a unirnos algún día con los seres amados que se anticiparon en la partida, y a los cuales, por tanto, no debemos llorar desesperadamente.

La lectura de este magnífico libro, me conquistó para un nuevo trabajo: el de traducirlo con el fin de que millones de hermanos de nuestros países de habla hispana, puedan disfrutar del inmenso beneficio de confortar con él sus corazones.

He aquí el libro, estimado lector. Ruego a Dios que permita que sus páginas sirvan de lenitivo al dolor que puedas sentir en el presente y a aquel que el Destino pueda depararte en el futuro.

Licdo. Luis Guerrero Ovalle

Miami, Florida, 25 de octubre de 1972.

INTRODUCCIÓN A LA TERCERA EDICIÓN EN PORTUGUÉS

Debido a la incalculable aceptación obtenida por este breve relato, que constituye una verdadera joya, esta obra perfumada de esperanza y de certidumbre en la inmortalidad del alma, titulada *PÉRDIDA DE SERES QUERIDOS*, es por lo que ve la luz esta tercera edición.

Los pedidos fueron tan grandes, procedentes de todo nuestro país y del extranjero, que la Editorial del Calvario se vio en la obligación de hacer esta nueva edición, para satisfacer a las criaturas necesitadas de un rocío de suave esperanza, en los cruciales momentos de la pérdida de sus seres queridos, ya que encontrarían, a través de sus páginas, la ruta de amor, de fe y de orientación segura, ante los hechos que el libro expone, confirmando la inmortalidad del alma.

Sin duda, se trata de un hecho más auspiciado para todos aquellos que, en la vida terrenal, todavía no tuvieron la oportunidad de entrar en contacto con la realidad de la vida permanente, que es la del Espíritu Inmortal que jamás puede desaparecer, ya que la vida, en la Tierra, no constituye otra cosa que el período que va desde la cuna hasta la sepultura. La vida prosigue interminablemente, en las más variadas formas, hacia la evolución eterna, al encuentro del Reino de Dios.

Dios, en su infinita sabiduría, no podría, lógicamente, crear a sus hijos sin otro fin que el de la nada gélida de las sepulturas.

Los creó, ciertamente, para que ascendieran continuamente hacia las claridades espirituales, como se infiere de las elevadas enseñanzas plenas de amor que JESÚS pregonó y practicó, con el fin de que los hombres aprendiesen a cumplirlas durante sus estancias evolutivas en el plano material.

Por tanto, ante tan poderosas razones, el Departamento Editorial del Centro Espírita del Calvario, de San Pablo, tiene la inmensa satisfacción de editar la Tercera Edición de ***PÉRDIDA DE SERES QUERIDOS***, escrita por la señora ZILDA GIUNCHETTI ROSIN.

EXPLICACIÓN NECESARIA

Antes de dar comienzo a la escritura de este libro, debo a los lectores una explicación.

Me considero una alumna de Francisco Cândido Xavier, no por haber recibido de él lecciones sobre Espiritismo, pero sí por la experiencia que adquirí con la lectura de sus libros, que constituyen, indudablemente, la doctrina pura de Allan Kardec.

Para el querido hermano Francisco Cândido Xavier, mi gratitud.

Quien escribe, es una madre que perdió sus dos únicos hijos, en un desastre automovilístico.

¡Es natural que la duda haga mella en los lectores, al saber que una madre, con el corazón sangrando por la pérdida de sus adorados hijos, tenga fuerzas para exponer al público su amarga historia!

Para que se pueda comprender mi valor y a dónde fui a encontrar fuerzas para escribir, es necesario que inicie estas páginas, hablando de mi religión.

Pido perdón por la sencillez de mi lenguaje, pues aunque confiese que poseo alguna cultura, no poseo dotes literarias, y solamente deseo decirles, con el corazón, cómo vengo reaccionando ante la difícil prueba que me aflige.

Pasaré a relatar los encuentros que vengo teniendo con mis dos hijos, a partir del tercer día de su desencarnación, con

el mismo lenguaje en que me fue posible escribir en días tan dolorosos.

Creo que ningún lector, por incrédulo que sea, podrá dudar de la sinceridad de una madre que se siente desesperada y al mismo tiempo feliz, por haber tenido hijos tan dignos.

Transcribiré al papel esos encuentros, para que el lector adquiera la veracidad sobre la continuación de la vida más allá de la tumba.

Trato solamente de ayudar a los que, como yo, están pasando por momentos tan terribles.

La finalidad de este libro, abarca también la caridad, pues el posible producto que proporcione su venta, será invertido en beneficio de los hermanos poco afortunados.

¡Confío en que a aquellos que tengan su corazón oprimido por la “pérdida de seres queridos”, estas humildes páginas les proporcionen el bálsamo que cicatrice todas sus llagas!

Que Jesús nos guíe y nos bendiga a todos.

LA AUTORA

MI RELIGIÓN

Aunque considero al Espiritismo más bien una ciencia que una religión, deseo contarles cómo llegué a él.

Creo que fui una de las criaturas que más dificultades tuvo para aceptarlo.

Procedo de una familia profundamente católica, por parte materna.

Aunque mi padre nació en cuna espiritista, no tuve conocimiento de esta creencia hasta que llegué a la mayoría de edad.

Tengo cinco hermanos, y todos hemos sido educados en la religión católica. Pertencí a la hermandad de “Las Hijas de María”. Iba a la iglesia, no por obligación, como sucede a muchas personas, sino por sincera devoción.

Siendo todavía muy joven, era tal el fervor con que oraba ante la imagen de Nuestra Señora, que mi hermana me llamaba la atención por los gestos que empleaba en ello. Me olvidaba de que era una muchacha hermosa, para recordarme únicamente de que estaba en la casa de Nuestro Padre, tal como me lo imaginaba.

En una ocasión, hallándome muy enferma, me llevaron ante un médium.

Para conseguir que fuese, me dijeron que se trataba de una de esas personas que predicen el futuro. Impelida, así, por la curiosidad juvenil, allá fui para saber de mi suerte.

Cuando me di cuenta de que me hallaba ante una médium en trance, tuve ímpetus de reír, pero gracias a mi educación, logré refrenar aquel deseo. No obstante, el espíritu me dijo: “Ríase, hermana, si así lo desea; ríase cuanto quiera, pero acuérdesse bien de esto: usted llegará a ser una gran doctrinadora del Espiritismo”.

Ruego al lector que tome buena nota de que era la primera vez que asistía a una manifestación de esa naturaleza, y que, no obstante, sin que nadie me lo hiciera saber, me había dado cuenta de que se trataba de la comunicación de un espíritu.

Eso prueba que tal conocimiento, lo traía cuando vine a la Tierra. Confieso que, en aquellos momentos me disgusté mucho con quien, de tan buena voluntad, me había llevado hasta allí.

Aunque no creía en el Espiritismo, esa médium me ayudó mucho, pues me hallaba bajo las malas influencias espirituales. Había sido desahuciada por médicos terrenales y, no obstante, acabé por recuperar totalmente la salud.

En aquellos momentos, mal sabía agradecer tal gracia, y ni siquiera admitir que había sido curada por los Espíritus.

Pero más tarde, fue tan grande mi agradecimiento que esa médium pasó a ser en mi familia, nuestra querida “Abuela Prieta”.

A pesar de no admitir en modo alguno el Espiritismo, mi creencia en el mismo crecía a medida que yo crecía también.

Cuando esperaba el nacimiento de mi primogénito, Drausio, fue cuando tuve las primeras manifestaciones de mediumnidad.

Sufría accesos que eran tenidos por fenómenos epilépticos. Naturalmente, en esas ocasiones, se llamaba al médico y me quedaba dormida bajo la acción de sedantes.

En una ocasión, al sufrir esos accesos, perdí la voz. Mi padre comprendió de lo que se trataba y fue a buscar a la médium, que por esa época, todavía no me merecía crédito alguno.

Tan pronto como la vi, grité: “¡Gracias a Dios!” Podía hablar, pero no era yo quien hablaba, y sí mi espíritu que, afligido, agradecía la presencia de la persona que, en definitiva, venía a socorrerlo.

La médium no me dijo nada, porque sabía que yo no admitía el Espiritismo. Me ayudó en silencio y, por esa vez, fue desechada la llamada al médico terrestre.

Cuando mi hijo Drausio contaba apenas algunos meses de edad, nuestro hogar pasó por una gran prueba. La situación era tan difícil, que corrían riesgo las vidas mi madre y uno de mis hermanos.

Nos reunimos para orar, pidiendo a Dios que nos enviase auxilio para tan grande aflicción. Como siempre, estaba segura de que el Padre Celestial nos ayudaría. Concentrada en mí misma, con todo el fervor de mi alma, reuniendo en aquel instante toda la fe que venía cultivando desde pequeña, le pedí a Él que me diese permiso para salvar a mi madre y a mi hermano.

Por increíble que parezca, aunque sin amplios conocimientos de Espiritismo y sin haber asistido a sesiones espiritistas, caí en trance y recibí a un espíritu, el cual informó lo que era necesario hacer para salir de aquella angustia.

Guiada por el mensajero de lo Alto, conseguí salvar realmente a mi madre y a mi hermano.

Solamente comprendí, entonces, que el Espiritismo del que siempre había huido, era algo de un valor extraordinario.

Comencé a estudiarlo, es decir, a leer los libros de Francisco Cândido Xavier. Primero, leí los romances que son los que más interesan a las jóvenes y después, sus otras obras.

Los primeros libros que leí, y que me entusiasmaron sobremanera, fueron: *Hace 2000 mil años* y *Cincuenta años después*.

He leído libros de varios autores, pero, sinceramente, debo decir que la espontaneidad, la sinceridad, y sobre todo la sencillez de los espíritus que escriben por mediación de Francisco Cândido Xavier, me cautivan.

Con excepción de mi padre, que ya creía en él, fui la primera en la familia que admitió el Espiritismo.

El lector podrá imaginar las luchas que mantuve en el seno de una familia profundamente católica. Mi abuela, que era franciscana, es decir, de la Hermandad de San Francisco, se preocupaba mucho con eso. Le decía siempre a mi madre, que ella no debía permitir que yo siguiera en el Espiritismo.

No obstante, como mi madre notaba en mí una gran transformación mejorándome, no sabía si debía prohibírmelo. Como mi querida madre pertenecía a la Hermandad de “Nuestra Señora Santa Ana”, diariamente pedía en la misa, que ella la orientara. Su pedido era el siguiente: que si yo estaba en lo cierto, que Nuestra Señora le diese a ella una prueba, y en el caso contrario, que yo volviera al seno del catolicismo.

¡Se dio algo increíble! ¡Mamá comenzó a oír a los espíritus! Los oía con tal claridad, que llegaba a confundir las voces de los espíritus con las de los encarnados.

Como tengo un hermano médico, mi madre fue llevada a los consultorios médicos. Estos nada pudieron hacerle. Por tanto, aun en contra de su voluntad, mi madre aceptó el

Espiritismo. Esto sucedió en el año 1949 y, aún hoy, sigue oyendo las voces de los espíritus. Actualmente cuenta 77 años de edad, y está tan lúcida como cuando era joven. Lo más interesante es que nadie nota cuando ella está oyendo las voces espirituales, pues las escucha en cualquier momento, dependiendo ello de la voluntad de los Espíritus comunicantes.

Naturalmente, después de esa prueba contundente, la familia entera admitió el Espiritismo. Y ahora, viendo el valor con que estoy soportando mi gran dolor, aquellos que todavía dudaban un poco, comienzan a agradecer a Dios, mi comprensión y mi fe.

Confieso a los lectores que no sé cómo agradecer al Padre Celestial, que me haya permitido comprender y aceptar tan plenamente el Espiritismo, y prepararme, así, para poder soportar la gran prueba que abatió mi alma.

Gracias a la Nueva Revelación es que estoy viva y lúcida, con fuerzas suficientes para escribir y proclamar que la muerte no existe, en la verdadera acepción de la palabra, y que solamente existe un cambio de vida, para la cual no podemos partir sin dejar aquí la materia densa.

¡Ahora, más que nunca, tengo plena convicción de esa verdad! Mis hijos murieron para este mundo, pero continúan tan vivos o más vivos que antes, en el mundo espiritual.

Si así no fuera, no podría estar en contacto con ellos, como me viene sucediendo.

Lea por favor este libro, querido lector, y verá que no debemos temer a la muerte.

¡La ilusión que ella representa en sí, el Espiritismo la sustituye por paz, dándonos la certeza de una separación momentánea y prometiéndonos el reencuentro en la vida espiritual!

EL DESASTRE

5 de julio de 1966.

El día amaneció frío y húmedo. Una de esas mañanas características del invierno paulista. A pesar de que mis hijos, que eran estudiantes, se hallaban de vacaciones, nos levantamos muy temprano. Ellos tenían que viajar.

Irían a Suzano, un lugar situado cerca de San Pablo, donde mi hijo Drausio y su amigo Carlitos, estaban montando una fábrica de material propio para la construcción de casas prefabricadas. ¡Si daba buen resultado, sería algo nuevo en Brasil!

Iban cuatro personas en el viaje: mis dos hijos, Drausio y Diógenes, y sus amigos Carlitos y Ademarcito. Tan pronto como salieron, me puse a ocuparme de sus ropas. Aunque tengo empleadas para realizar el trabajo doméstico, creía que solamente yo sabía cuidar de lo que les pertenecía. Tan grande era el cariño que dispensaba a mis hijos. Había necesidad de poner sus ropas en orden, porque al día siguiente, ellos saldrían en un largo viaje de negocios, auxiliando a su padre.

Hacía apenas dos meses que nuestro hijo Drausio se había puesto al frente de los negocios de la familia. Durante esos dos meses, él hizo lo que tal vez otros no hubiesen realizado en dos años.

Al llegar la hora del almuerzo, comencé a preocuparme

por su demora. Las horas se sucedían y ellos no llegaban de regreso. Mi mente se poblaba de pensamientos fúnebres. A las quince horas, es decir, a las tres de la tarde, llegó a mi casa un recado diciendo que Ademarcito había sido atropellado. Me sobresalté. Una terrible angustia se apoderó de mí. ¿Cómo era posible que Ademarcito hubiera sufrido un accidente, si todos se hallaban de viaje? Me dijeron que él había descendido del automóvil, para comprar alguna cosa, y que fue atropellado. Corrí al hospital en el que se hallaba internado. Ademarcito se había fracturado el cráneo y se hallaba en estado de coma. Mi desesperación aumentaba. Pregunté por mis hijos. Me dijeron que habían sufrido un desastre y que estaban heridos. Que serían trasladados a aquel hospital. Que llegarían de un momento a otro. Comencé a gritar, pidiendo que me dijeran dónde estaban. La madre de Ademarcito, procurando calmarme, me dijo que tratara de tener valor.

Aquella palabra “valor”, me lo aclaró todo. Si ella, que tenía a su hijo en coma, procuraba consolarme a mí, ¿qué habría sucedido a mis hijos? No me era posible razonar...

Me acordé de la oración, y comencé a orar: “¡Oh, Padre de infinito amor! ¡Protege a mis hijos! ¡Dónde quiera que se hallen, ampáralos en su prueba! ¡Haz que yo sea sustituida junto a ellos, por alguien que les deje sentir todo mi cariño y todo mi amor! ¡No los dejes desfallecer en la jornada! ¡Da fuerza a los amigos de la Vida Mayor, para que nos amparen en este trance difícil!”

Quedé así, conversando con el Padre Celestial, por mucho tiempo. Percibí que no tenían valor para decírmelo, pero que algo terrible había sucedido.

Me cansé de esperar por ellos en el hospital, al que nunca llegaron. Horas más tarde, regresé a casa, con el corazón

destrozado. Durante el tiempo que demoré en regresar al hogar, no pronuncié ni una palabra. Solamente oraba... oraba sin cesar...

Al llegar, pregunté inmediatamente a mi esposo: “¿Y ellos? ¿Qué les sucedió? ¿Murieron nuestros hijos?”

Respondió: “Diógenes sí, Drausio no se sabe donde está”.

Fue como si me clavasen un puñal en el pecho. Pero de mis labios no salió un grito de rebeldía. Apenas clamaba porque me dejasen sola, que necesitaba orar. Lo hicieron así, y me puse en oración: “¡Ampara a mi Diógenes! ¡Que él tenga como recompensa por todo el bien que me hizo, por lo buen hijo que fue, la paz espiritual! ¡Socorre también a mi Drausio! ¡Esté donde esté, y como quiera que se halle, ¡ampáralo en la prueba!”

Así me quedé, orando, toda la noche. Pero momentos después, sin que nadie me hubiera dicho nada, ya oraba por los espíritus de ambos. Ya tenía la íntima certeza de que también había perdido a Drausio.

Sí, querido lector, ¡perdí a la vez a mis dos únicos hijos, en un desastre automovilístico! ¡Dos botones en flor, todavía no desarrollados para la vida terrenal! ¡Perdí todo un tesoro! ¡Con la pérdida de ellos, sentí que se deshacía mi castillo de esperanzas y de ilusiones terrenas!

Pero, gracias a Dios, soy espiritista. La Doctrina Espírita nos enseña que, muchas veces, somos nosotros mismos los que escogemos la prueba, con el fin de poder elevarnos más deprisa, y que, en otras ocasiones, somos llamados a rescatar el pasado. Pero, de cualquier modo, creo firmemente en el reencuentro y en la eternidad de ventura, que Dios promete a los que se redimen por el sufrimiento bien soportado. Esta certeza me da fuerzas para continuar viviendo.

A vosotros, hijos míos, que todo lo merecen de su madre,

dedico también este libro, para que todos sepan el modelo de criaturas que fueron. Que el hecho de que algún pobre consiga mitigar su hambre con el producto de su venta, y el de que algún corazón que haga su lectura obtenga la paz y la comprensión, se reviertan en beneficio para vosotros.

Continuando así mi triste historia, paso a presentar ligeramente a mis hijos y a sus amigos:

DRAUSIO, mi primogénito, contaba 23 años y cursaba el último año de ingeniería en la Universidad Makenzie. Era tan buen alumno, que fue designado “la mosca blanca” en el colegio. Fueron tantos los premios que recibió al concluir el curso de bachiller, que le rindieron un homenaje, mereciendo que se publicara su retrato en el diario “La Gaceta”, en la ciudad de San Pablo, el día 5 de marzo de 1958. En cuanto a su apariencia física, modestia aparte, era considerado un bellissimo muchacho. Medía un metro ochenta y cinco centímetros de altura, luciendo muy elegante y de maneras finísimas. Donde quiera que se presentase, conquistaba a todos los que se hallaran presentes.

DIÓGENES, de dieciséis años de edad, estaba cursando ya el segundo año de Ciencias. Al contrario que al hermano, no le gustaba estudiar. No obstante, era siempre uno de los primeros en la clase, habiendo ganado varias medallas. Siempre procuraba darme alegría. Era, también, considerado un bello joven. Casi de la misma estatura que Drausio, tenía tanta personalidad que parecía un hombre ya hecho. Todos lo respetaban.

Ambos eran hijos perfectos: obedientes, respetuosos, cumplidores de sus deberes extremadamente. ¡Eran mi orgullo!

Agradezco a Dios el haberme dado tales hijos. Creo que tuve más de lo que merecía en este mundo. También es verdad que hice por ellos todo cuanto estaba a mi alcance. Gracias a la

gran dedicación que tuve hacia ellos, conseguí hacerlos tan perfectos como es posible lograrlo en la Tierra, tanto en lo espiritual como en lo físico. Me olvidé de los placeres del mundo, para dedicarme a ambos y al Espiritismo. Tal vez sea por eso que Dios me recompensa, dándome fuerzas para cargar mi cruz.

Ellos salían a las siete de la mañana, para ir a sus estudios, y yo me levantaba a las seis y veinte minutos, todos los días, solamente para que oráramos juntos mientras se vestían.

Agradezco al Padre Celestial haberme dado la oportunidad de enseñarlos a creer en Él, por encima de todo. ¡Formábamos un trío maravilloso! Tres espíritus perfectamente unidos al lado de mi esposo, que bendecía nuestra sublime unión.

Yo era excesivamente feliz, pero no podía durar mucho tiempo tanta alegría en este planeta de pruebas y de expiaciones.

Con ellos perdieron su vida los dos muchachos con los cuales viajaban. Ademarcito, amigo de Diógenes, y Carlitos, amigo de Drausio.

ADEMARQUITO, tenía dieciséis años y cursaba, también, el segundo año de Ciencias.

Era un joven excelente y un buen hijo. Era médium y cuidaba del grupo, cuando salían de paseo. Yo lo llamaba “el misionero”.

CARLITOS, con treinta y un años de edad, era también alumno de la Universidad Makenzie. Como mi hijo Drausio, estudiaba ingeniería civil. Era casado. Dejó dos hijitos.

Era él quien conducía el automóvil. Chocaron con un camión cargado de piedras, que, en una curva, la había tomado cerrándoles el paso. El desastre ocurrió a las once de la mañana, y sólo al día siguiente, por la mañana, es que vi los cuerpos de

mis hijos. Dicen que, en vez de llorar, hice una sentida oración que sirvió de ejemplo a muchos. No me recuerdo de nada. Sé que después, me desmayé.

El conductor del camión fue declarado culpable. A pesar de ello, lo disculpé, pues como espiritista que soy, no quiero contraer más deudas para que tenga que rescatarlas en el futuro. No me proporcionaría ningún bien hacer la desgracia de otra familia. Con ello, no lograría el regreso de mis hijos. Por lo contrario, el perdón es la paz de ellos.

Además, tengo la certeza de que murieron porque les había llegado su hora. Para creerlo así, no me baso solamente en el conocimiento de la doctrina, y sí en los hechos que ocurrieron.

Mi hijo Diógenes, nunca tuvo un amigo íntimo. Lo mismo sucedió con Ademarcito.

A pesar de cursar el bachillerato juntos en Makenzie, solamente hicieron su amistad cuando pasaron a estudiar Ciencias, un año y medio antes de desencarnar. Llegaron a ser tan amigos, que no se separaban nunca. Como Ademarcito vivía lejos, casi siempre se quedaba a dormir en mi casa. Después de haber estado con nosotros cinco días consecutivos, regresó a la casa de sus padres. Esto fue en la víspera del desastre.

Todavía no se había programado el viaje fatídico. Era ya de noche cuando Carlitos vino a invitarlos para la excursión.

Diógenes quería ir para conocer la fábrica, pero no quería separarse del amigo. Entonces Drausio, que hacía siempre todo para contentar a su hermano, pues estaban muy unidos y se querían afectuosamente, resolvió ir a buscar a Ademarcito para que pasara la noche en nuestra casa y viajaran los cuatro juntos al día siguiente.

¡Jamás podría suponer que fuera un viaje hacia la muerte!

Algo digno de nota, es que allá, en la fábrica, se hallaba un señor que les pidió que lo esperasen para venir con ellos a San Pablo. Diógenes, preocupado sabiendo que yo los esperaba para almorzar, comenzó a ponerse nervioso. Aquel señor se dio cuenta de ello, y les dijo que vendría después en otro automóvil que se encontraba allí. Dicen que durante el camino, le dieron pasaje a una japonesa, y que ella descendió un poco antes del accidente.

Por tanto, creo que la hora estaba marcada solamente para los cuatro.

Drausio y Carlitos, sufrieron muerte instantánea. El féretro de Carlitos fue lacrado, en vista de la extensión del accidente, es decir por el estado lastimoso en que quedó su cadáver. Ademarcito quedó en estado de coma y desencarnó seis días después. Diógenes desencarnó cuando era transportado a San Pablo.

Como el lector puede deducir, ¡fue un desastre pavoroso! Cualquier madre que no tuviera la comprensión que tengo, hubiera enloquecido. Pero, gracias a Dios, aquí estoy. Sufriendo mucho, es verdad, pero procurando hacer de este sufrimiento algún beneficio para mi prójimo.

Otra prueba que encuentro para poder creer que la hora de ellos estaba marcada, es que mi Drausio era de excesiva perfección como para permanecer por más tiempo en la Tierra. Sobresalía mucho entre los muchachos de hoy día. Era siempre señalado como ejemplo entre los familiares y los amigos, desde que era pequeñito. Hasta a mí misma, dentro de su cariño, me enseñaba.

Si le refería cualquier cosa que me causara malestar, me decía: “Perdone y olvide, mamá”.

En cierta ocasión, recibí una gran ofensa. Una de esas ofensas que para un hijo común en la Tierra, sería motivo para justificadas reacciones. Al contarle el hecho, obtuve de él el mismo raciocinio. Como si fuera mi padre dándome consejos, me besó y me dijo: “Mamá querida, ¡usted es de un valor extraordinario! ¡Perdone y olvide! ¡Esa persona no es digna de nuestra amistad, pero sí de nuestra piedad!”

Debemos recordar que él era el verdadero tipo del atleta, con un metro ochenta y cinco centímetros de altura. Practicaba muchos deportes, incluso halterofilismo y judo. Pero por encima de todo eso, era un espíritu admirable. Al verlo así, de tan elevados sentimientos, confieso que tenía temor de que desencarnase pronto. Muchas veces confesé ese recelo a mi madre, pues es rarísimo encontrar en la Tierra, a alguien que, al recibir una bofetada, sepa ofrecer la otra como proclamaba el Divino Maestro. Como Jesús dijo, hay más heroísmo en perdonar que en vengarse.

También encuentro otra prueba de que la hora había llegado para Diógenes.

Todo se me hacía difícil para defenderlo, desde que había dado comienzo su gestación. Permanecí cuatro meses en cama para posibilitar que él pudiera venir al mundo. El parto fue de vida o muerte para ambos. Gracias a mi fe, pudimos vencer. Pero mamá, que era médium auditiva, me previno de que era la primera encarnación de él en la Tierra, y que yo debía estar siempre alerta, pues él poseía muchos adversarios en el mundo espiritual que le dificultarían mucho la existencia. Creo que fue por la voluntad de Dios, pues en caso contrario, no habría desencarnado en compañía de los otros, como el lector podrá ver lo que paso a referir.

Desgraciadamente, Diógenes no se sentía feliz en la

Tierra. A pesar de haber nacido en cuna de oro, como se suele decir, y de haber recibido todo el cariño que unos padres pueden dar a un hijo adorado, yo percibía que él no era feliz. Hasta llegaba a decir que no encontraba nada interesante en este mundo y que no temía la muerte.

Pido al lector que considere que él no tenía más que dieciséis años, y que era un bello muchacho, muy admirado y muy estimado. No sabía ya qué hacer para hacerlo feliz. Llegué a darle el automóvil para que lo condujera, a la edad de quince años, pues sabía que era la única cosa que le agradaba. Condujo el automóvil por toda la ciudad de San Pablo, hasta la víspera de desencarnar. Era tal su personalidad y dirigía tan bien, que los policías jamás le habían pedido el certificado de conductor. Cuando él salía, yo quedaba rezando para que no le sucediera nada. Realmente jamás sufrió accidente alguno, gracias a Dios. Si los espíritus atrasados hubieran tenido poder para hacerlo desencarnar, no hubieran tenido mejores oportunidades.

No obstante, desencarnó en un automóvil que no era el suyo, y cuyo conductor era un hombre completo.

Como puede deducirse, había llegado, realmente, su hora. Creo firmemente que la muerte sólo llega cuando es permitido por Dios. En el caso de ellos, pienso que se trataba de un rescate.

¡Que se haga la voluntad de Dios, y que Él nos dé fuerzas para poder soportar la momentánea separación!

APARECE DIÓGENES

7 de julio de 1966.

Por increíble que parezca, Diógenes se apareció en el día inmediato al de haber sido sepultados. No fui yo sola quien lo vio.

Aunque haya dicho que daré noticias de mis encuentros con mis hijos, no puedo dejar de narrar este episodio. Es muy interesante. El caso se dio con mis sirvientes y, más tarde, tuvo su confirmación por un gran mensaje enviado por Drausio, por intermedio del hermano Francisco Cândido Xavier, que el lector encontrará más adelante.

El día siete por la mañana, mi sirvienta dijo haber visto a Diógenes con un papel en la mano. A pesar de que Ana, la sirvienta, se hallaba a nuestro servicio desde hacía diecinueve años y de ser buena médium, no le di importancia a lo que nos dijo.

Por la noche, se le apareció a la cocinera, también con un papel en la mano. Odorica, pues así se llama, está con nosotros desde hace muchos años. Quería mucho a nuestros hijos, principalmente a Diógenes, a quien conoció desde que era muy pequeño. Es también, una excelente médium.

No sé si debido a la postración en que me hallaba, fue que no di importancia a aquel hecho. Pero, al día siguiente, por la

mañana, la hijita de la cocinera, vio a Diógenes de la misma manera.

La niña solamente tiene ocho años, y, por desgracia, es bastante desatenta. No tiene inteligencia para inventar tal cosa. Además, tiene mucha dificultad para expresarse. Para que entendiésemos lo que deseaba decirnos, arrancó una hoja del cuaderno y, asegurándola en la mano, dijo: “Él estaba así...”

Entonces me decidí a mandar a preguntar en un centro espiritista, qué significaba aquella hoja de papel.

La respuesta fue dada por un médium psicógrafo. Decía que era para que los padres leyesen el Evangelio en unión de los abuelos paternos.

Quedé confundida, pues mis hijos no tenían abuelos paternos vivos. No obstante, por nueve días consecutivos y después una vez por semana, durante tres meses, leímos el Evangelio en compañía de los padres de Ademarcito, que también son espiritistas.

Sólo más tarde, por un mensaje psicografiado por Francisco Cândido Xavier, es que llegué a saber que quienes lo habían socorrido en primer lugar después del desastre, fueron sus abuelos paternos, desencarnados hace muchos años.

Comprendimos, entonces, que ellos, espiritualmente, asistieron a esa lectura, para darnos fortaleza.

Como se ve, las pruebas espirituales se dan en todo momento en la Tierra. Solamente hacen falta ojos para ver y oídos para oír.

LOS DOS PRIMEROS ENCUENTROS

8 de julio de 1966.

Hoy hace apenas tres días que nuestros hijos desencarnaron.

No obstante, aun siendo este hecho tan reciente, ya entré en contacto con mi adorado Diógenes.

¡Loado sea Dios! Como es natural, desde el momento en que tuve tan grande choque, estoy en un trauma terrible. Lloro, no de desesperación, pero sí de dolor. Parece que mi alma está profundamente herida. Sólo sé orar. Sé que estoy sufriendo con esta separación repentina, y que mis hijos también lo están. Es como si estuvieran enfermos. Cuando se enfermaban y estaban conmigo, les administraba remedios, pasaba las noches a su cabecera, siempre alerta para que recuperaran pronto la salud. Pero ahora, ¿cómo ayudarlos?

El único medio que poseo, es la oración. Es por eso que estoy orando por ellos el día entero y también las noches, pues casi no duermo.

Tal vez por eso, o porque Diógenes era menos apegado a la Tierra, es por lo que ya estuvimos juntos.

Se dio conmigo algo interesante. Por la noche, mientras oraba, me desprendí en espíritu y fui hasta la esquina de nuestra casa. Vi allí a mi querido Diógenes entre amigos. Por la forma en que se comportó, tuve la impresión de que él no sabía que

había desencarnado, pero que sabía de la desencarnación de su hermano.

Yo estaba llorando. Lo abracé y le dije: “¡Hijo, estoy loca de nostalgia por Drausio!”

Él me miró con calma, con mucho amor, y respondió volviéndose hacia los amiguitos: “¡Realmente, mamá tiene razón! ¡Él era una persona leal!”

No parecía que Diógenes estaba sufriendo, pero creo que asistió a toda la tragedia, por lo que nos contó aquel señor que ellos no esperaron para regresar juntos de Suzano.

Ese fue el mismo hombre que, al llegar al lugar del desastre, procuró levantarlo. Aunque con la espina dorsal partida, estaba consciente y lo reconoció. Hasta llegó a decirle: “¿Ve usted lo que nos sucedió?” Y se desmayó. Tal parece que estaba esperando por dicho señor para explicarle el porqué de su impaciencia, y pedirle disculpas.

Después de este encuentro, pedía con todas las fuerzas de mi alma, que los mensajeros espirituales lo socorrieran.

Dos días después, volvimos a encontrarnos. Durante la madrugada, desperté sobresaltada. Comencé a orar por ellos. De repente, me desprendí y fui llevada a un Hospital Espiritual. Allí encontré a mi querido Diógenes, llorando y diciendo que solamente yo sabía del remedio que le hacía bien a su garganta.

En efecto, en el momento de salir para el viaje, él me pidió que comprase la medicina para su dolor de garganta, pues la tomaría cuando regresara. Como se ve, llevó consigo el dolor de la garganta y no lo que sufrió al desencarnar.

Así, llevada por un amigo del espacio, me acerqué a su cama y le dije: “¡Hijo! Ten paciencia. Toma la medicina que te

dan y te curarás. Yo estoy muy enferma, pero tan pronto como me cure, vendré a cuidarte. Todas estas personas son amigas nuestras”.

Pero, a decir verdad, no había reconocido a ninguno de los espíritus que se hallaban alrededor de su lecho. Él se calmó y regresé a casa.

Confieso que ese día lloré mucho. El lector puede imaginar la desesperación de una madre al tener que reconocer el espíritu de su propio hijo, desencarnado. No obstante, agradezco profundamente a Dios haberme dado fuerzas para ayudar a mi querido Diógenes.

LA MORADA DE LOS QUE MUEREN PRONTO

11 de julio de 1966.

Como gran parte de mi familia es católica, se dio la misa del séptimo día. Me desmayé en la iglesia. Estuve mucho tiempo sin sentido. Me llevaron a un consultorio médico. Mi hermano Roberto, que es médico, consiguió la ayuda de un compañero, pues él es muy sentimental y no se sintió con fuerzas para socorrerme. No vi nada. No supe nada. Sólo oí que era enorme la multitud que se hallaba en la iglesia. Sé que las fotografías que se llevaron para repartir, no alcanzaron, debido a la enorme concurrencia del pueblo.

Gracias a mi enorme fe, la que pongo por encima de todo lo que es terrenal, hoy recibí una gran gracia: fui llevada, en espíritu, a la “Morada de la Casa del Padre”, donde quedarán, por ahora, los espíritus de mis hijos.

He ahí lector, como yo, una simple mortal, tal vez todavía endeudada, sentí en mí misma la confirmación de las palabras del Cristo: “Hay muchas moradas en la casa de mi Padre”. (1)

Realmente, no sé cómo agradecer tan gran dádiva. ¡Visitar una de las Moradas de la Casa de Nuestro Padre!

(1) Se debe recordar que la autora, desde niña, tenía magníficas condiciones mediúnicas. *(Nota del traductor).*

Se dio del modo siguiente: Cuando regresé de la iglesia, era la una de la tarde.

Me acostaron y me dijeron que procurara reposar. Tan pronto como me vi sola, en el mismo instante en que cerraron la puerta del cuarto, mi espíritu se desprendió. Abrazada a un mensajero espiritual, con mi cabeza apoyada en su hombro, como si mi espíritu estuviera realmente enfermo, ¡comencé a subir... subir... subir!...

De repente, nos detuvimos ante una enorme puerta. ¡Quedé maravillada!

¡La puerta estaba toda iluminada! La iluminación era en forma de flores de todos los colores, y tan clara, que los ojos humanos no podrían soportar mirarla. Sus dimensiones eran enormes, y su belleza era tal, que no encuentro palabras con qué poder describirla.

Encima de esa puerta, estaba escrito: “La Morada de los que mueren pronto”.

Entramos. Sintiéndome muy débil y siempre apoyada en el mensajero. Penetramos en un parque muy grande e iluminado, en igual forma que la puerta. ¡Clarísimo!

¡Maravilloso! Allí se hallaban muchas criaturas. Atravesamos el parque. Surgió otra puerta iluminada del mismo modo que la anterior. Encima de ella estaba escrito: “Refugio de los jóvenes”.

Las muchachas y los muchachos que se hallaban allí presentes, se me acercaban y me besaban el rostro. Me parecían amigos y conocidos, pero no identifiqué a ninguno.

Después, el amigo de la Vida Mayor, me mostró una enorme pared forrada con retratos de jóvenes. Allí estaban las

fotografías de mis hijos y también las de sus compañeros. Enseguida, el mensajero tomó mi mano y comenzó a pasar por entre objetos que son del gusto de los jóvenes: rocolas, discos, colecciones de sellos, libros, y hasta puñales, pequeñas facas espingardas; en fin, armas que eran muy del agrado de Diógenes y que me daban mucha preocupación. Después, vi platos con alimentos: hasta el dulce “brigadier” y el budín de chocolate que tanto gustaba a Diógenes; así como la lasaña que tan del agrado era de Drausio. Todo era presentado como si fueran alimentos terrenales, con el fin de que yo pudiera comprender. Es lógico que no eran iguales a los de la Tierra.

Seguramente, el Espíritu protector me quiso hacer creer que en las “Moradas de la Casa del Padre”, hay de todo lo que los Espíritus necesitan, y que, por tanto, mis hijos no carecían de nada.

Sé que para que los espíritus merezcan el socorro inmediato, es necesario que amen a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismos.

Y eso, procuré enseñarlo y cultivarlo en mis hijos. Por eso creo que están y continuarán bien amparados.

Después de haber visto cuanto me era posible en la vida espiritual, el benefactor espiritual me miró fijamente a los ojos, y volví al cuerpo, pero confortada. Solamente entonces me pude quedar dormida.

PRIMER ENCUENTRO CON DRAUSIO

12 de julio de 1966.

Comenzaba a afligirme por no haber podido entrar en contacto con mi querido Drausio.

Sabía que no debía pedir eso para lograrlo, porque todo ocurre bajo la voluntad de Dios. Un pedido de ese alcance, puede perjudicar mucho a un espíritu, pues puede suceder que no esté preparado para ello, y sufre mucho al no poder complacernos.

Drausio, como yo, debe sentir nostalgia. Si yo pidiera a Dios que permitiera que nos encontráramos, y si él no estuviera preparado para ello, sé que mi petición solamente serviría para aumentar sus saudades y producir el consiguiente sufrimiento. Él era muy sentimental, y naturalmente, debe tener más dificultades que Diógenes para controlar sus emociones. Razonando así, resolví esperar con paciencia.

Hoy se dio el tan deseado encuentro. Pero no conseguimos hablarnos. La emoción nos dominó y lloramos copiosamente.

Sucedió por la noche, después que me acosté. Como me sucede siempre, me desprendí y fui hasta él. Estaba llorando. Recosté mi cabeza sobre su hombro, y él me abrazó también llorando. Siempre llorando convulsivamente, y dirigiéndose

al espíritu que me había llevado, gritó: “¡Llévese a mi madre, pues ella no puede morir!”

Volví al cuerpo, y realmente estaba empapada de tanto llorar.

Hoy fue uno de los días más felices de mi vida. Sé que la separación es solamente momentánea, ¡pero no es fácil dejar de ser madre, después de haber dedicado casi toda mi vida terrenal a esos seres tan queridos!

Si no fuera por la certeza que tengo de que he de reunirme con ellos, habría enloquecido. Sólo encuentro paz en la oración. Oro todo el día por ellos. ¡Sé que Dios nos amparará!

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

29 de julio de 1966.

Como se sabe, Uberaba es una ciudad brasileña situada en el Triángulo Minero.

Para nosotros, los espiritistas, ella es más importante que cualquier otra ciudad interior, pues vive en ella nuestro gran hermano “Chico”, como llaman allá a Francisco Cândido Xavier. No hablaré de él aquí, porque sé que no admite elogios a su persona.

Solamente diré que hasta el presente, Francisco Cândido Xavier era, para mí, apenas el gran médium psicógrafo, pues no podía considerarlo todavía un gran amigo, porque aunque le conocía desde el año 1949, nunca había tenido la oportunidad de conversar con él personalmente.

Lo busqué en 1949, para pedirle auxilio a favor de mi madre que, como ya narré, tenía dificultades para desarrollar su mediumnidad auditiva. Eso fue en la ciudad de Pedro Leopoldo, donde hice lo que todos hacían, ya fueran brasileños o extranjeros: escribí en el papel el nombre, la edad y la dirección de mi madre y pedí protección para su caso. Gracias a Dios, recibimos mucho auxilio.

Con lecturas sobre Espiritismo y con mi mediumnidad, conseguí conservarla hasta hoy, perfectamente equilibrada.

En esa época, como ya dije, nuestro querido hermano vivía

en Pedro Leopoldo, otra ciudad del Estado de Minas Gerais. Después de ese beneficio recibido, lo busqué en otras ocasiones con el fin de obtener fuerzas para ayudar a otros hermanos necesitados. Siempre que acudía a su auxilio, conseguía resolver los problemas del prójimo.

Hace poco tiempo, estuve en Uberaba, en busca de socorro para mi hermano médico. Él estaba muy enfermo y sus compañeros médicos no lograban curarlo. Después de colocar su nombre entre las peticiones recogidas en la mesa de Francisco Cândido Xavier, gracias a Dios, mi hermano fue mejorando... mejorando... hasta curarse por completo.

Ahora que estoy pasando por esta prueba tan grande, fue mi propio hermano quien me llevó a Uberaba. Fueron, también, mi esposo y el Sr. Ademar, el padre de Ademarcito, el joven desencarnado en compañía de mis hijos.

Fuimos solamente para asistir a una reunión pública con el hermano “Chico”, para adquirir fuerzas, como me ha sucedido. Sólo que esta vez, la enferma era yo misma. Dije reunión con el hermano “Chico”, pero no se vayan a creer que se trata de una sesión a puertas cerradas.

Los que asisten a estas reuniones, hacen el pedido por escrito, tal como mencioné, y esperan la respuesta del Guía, psicografiada por nuestro hermano “Chico”. Mientras se espera por la respuesta, los médiums que son invitados a sentarse alrededor de la mesa, leen y estudian un capítulo del Evangelio. Y por increíble que parezca a los amigos poco esclarecidos, el auxilio viene, aun sin ver y sin sentir nada. Así sucedió conmigo. (*)

(*) Tres meses antes, en abril del mismo año de 1966, tuve oportunidad de asistir a esas reuniones, al lado del maravilloso médium “Chico Xavier, en unión de mi esposa. Todo sucede como bien relata la autora de este libro. (Nota del traductor)

Ese día, durante las tareas del hermano Francisco Cândido Xavier, es decir, de nuestro querido “Chico”, me sucedió algo interesante. Para honor mío, fui invitada a sentarme a la mesa, entre los médiums. El capítulo del Evangelio a ser estudiado, era: “Sed perfectos”.

Todos opinaron muy bien sobre nuestros deberes a cumplir para ser perfecto. Yo me hallaba completamente postrada. Sumamente cansada. Había viajado 500 kilómetros, y mi presión estaba muy baja. Eso me sucedía desde que nuestros hijos habían desencarnado. Mi hermano Roberto, notando mi abatimiento, como médico que es, estaba preocupado y varias veces, me preguntó si no deseaba salir al exterior. Siempre le contestaba que no y, aún bajo aquel abatimiento, continuaba firme escuchando a los compañeros, que ya llevaban hablando cuatro horas.

De repente, sin que jamás lo esperara, fui convocada a hablar. ¡Imaginen cuál sería mi situación! No hacía un mes que mis hijos habían desencarnado. Pero una vez más el poder de la fe se hizo sentir en mí.

Cuando mis compañeros de viaje juzgaban que jamás podría salir una palabra de mis labios, debido a mi abatimiento, comencé a hablar.

Me presenté como una madre que venía a cumplir su último deber en la Tierra. Era el ejemplo de un deber plenamente cumplido, pues hice todo lo que pude para conseguir que mis hijos fueran lo más perfectos posible de cuerpo y de espíritu. Referí a aquella parte del pueblo (más de cien personas), lo que había sucedido. Que me había olvidado de los placeres terrenales, para entregarme a mis hijos y al Espiritismo. Les dije que, tal vez por eso mismo, a pesar de no haber transcurrido un mes del desastre, y después de tan penoso viaje, podía

hablarles como lo hacía, probando la bondad de Dios. No puedo recordar, para relatarlo aquí, todo cuanto les dije. Sólo sé que terminé mi larga exposición, formulando con los componentes de aquella reunión, una oración por mis hijos y por sus compañeros, desencarnados el día 5 de Julio.

Al término de la reunión, fui felicitada. Todos me abrazaban y lloraban. Uno de los oradores, que es abogado en San Pablo, me dijo que en 45 años, jamás había oído una disertación tan conmovedora. Le contesté que, si no era la más conmovedora disertación que hubiera escuchado, sí sería, tal vez, la más sentida, porque había salido del corazón de una madre que se siente desesperada y al mismo tiempo tranquila, a pesar de haber perdido hijos tan dignos.

Confieso que al regresar, entré en casa llorando. Era la primera vez que salía y que, al regresar, no encontraba a mis hijos esperándome.

Pero el Padre Celestial, que es siempre por demás bueno con nosotros, me concedió una gran gracia.

Como es natural, llegué muy cansada y me acosté a obscuras, para reposar mejor. Aún no había acabado de extenderme en la cama, en pleno día, cuando vi aparecer dentro de mi habitación una enorme calle muy clara. Veía que por ella comenzaban a pasar los espíritus que presumo me habían acompañado al centro en que trabaja Francisco Cândido Xavier. Los veía materializados. Entre ellos, había uno vestido con ropa color ceniza, de espaldas a mí. El espíritu, leyendo mi pensamiento, se viró sonriéndose, pero lamentablemente, no lo reconocí. Del lado de la calle abierta en mi habitación, oí una voz femenina que decía: “Hijo, ve a ver quién está tocando...” Abajo, en el piso primero, una voz infantil respondió: “Es la tranquilidad, mamá”.

Realmente, desde aquel día en adelante, me sentí más tranquila. Consigo orar por la mañana sin llorar y sin gemir, como hasta entonces me sucedía.

Verifiqué que la reunión me había proporcionado fuerza. ¡Que Dios pague al querido “Chico” y a todos los compañeros que amparan sus tareas!...

LA FE QUE VENCÍÓ LA MUERTE

4 de agosto de 1966.

Hace ya un mes que mis hijos partieron hacia la espiritualidad. Cada día que pasa, aumenta mi fe y la certeza de que sólo con oraciones podré ayudarlos. Nunca como ahora sentí tan de cerca las palabras de Cristo: “La fe transporta las montañas”.

¡Y sí las transporta, lector! Naturalmente, la fe a que se refería el Divino Maestro, es la fe razonada. Creer sabiendo porqué se cree. La fe que solamente nos proporciona el Espiritismo, haciéndonos conscientes de que todo sufrimiento, tiene una causa; el Padre Celestial no nos castiga; somos nosotros mismos los que nos castigamos, como consecuencia de nuestros propios errores.

Si Dios es el Padre de todos ¿cómo podrá castigar a unos con tanta impiedad, mientras premia a otros? Y mucho más, cuando observamos que el castigado nos luce exento de errores en su presente encarnación.

¿Dónde está, entonces, la justicia de Dios? Es que somos nosotros los que no sabemos hacer uso de nuestro libre albedrío. Y así, tenemos que volver para rescatar nuestros débitos. Solamente aceptando las enseñanzas del Espiritismo, especialmente la Ley de la Reencarnación, es que podemos comprender porqué sufren unos más que los otros, siendo todos

hijos de un mismo Padre. Yo bendigo la hora en que acepté esta verdad. Gracias a ella, en vez de rebelarme contra el dolor, pido a Dios perdón para mis faltas de otras encarnaciones, pues, en ésta, tengo la plena seguridad de haber cumplido fielmente con mis deberes de madre.

Es el conocimiento de esta verdad la que hace crecer en mí, día a día, no la fe que transporta montañas, pero sí que traspasa los límites de la muerte.

Sí. Para mí, mis hijos están vivos. Aún hoy tuve una gran prueba de ello. Estuve con ellos y conversamos. Vea el lector, cómo sucedió.

Desde el día en que ellos desencarnaron, casi no duermo. Durante la noche me hallaba orando, cuando, de repente, me desprendí en espíritu. Me hallé en un campo muy amplio. A mi encuentro vino mi sobrino Sergio, que está todavía encarnado, trayendo de la mano a mi hijo mayor, Drausio. (*)

Acercándose a mí, Sergio me dijo: “Querida tía, ¡no llore más! Aquí está su hijo Drausio”.

Nuestro hijo se hallaba abatido y un poco triste. Parecía muy cansado. Le pregunté: “¿Estás sufriendo, hijo?”, él respondió: “No, mamá, lo que me sucede es que tengo deseos de comer lasaña”. Se trataba del mismo plato de esa denominación, que había visto en la “Casa del Padre”, a la que me habían llevado el séptimo día.

Le hice recordar las explicaciones que hacía a los espíritus sufridores en las sesiones que daba en casa y a las

(*) Los estudiosos del Espiritismo, saben que cuando dormimos, el que duerme para rehacer sus energías es el cuerpo físico, pero que el espíritu no necesita dormir, desprendiéndose para realizar excursiones por el espacio, yendo a los lugares que por afinidad lo atraen, o a donde sus Guías desean conducirlos.

(Nota del traductor).

que él asistía. Le recordé que la oración es muy buen alimento para el espíritu. Le recomendé que pensase mucho en Dios, y que recibiría lo que necesitase. Después, le pregunté: “¿Ya sabes del desastre?” Él me respondió: “Sí, mamá, lo sé. Es por eso que vine aquí a esta hora. Vuelva a casa y mire el reloj. Está sucediendo lo que usted me enseñó”.

Volví al cuerpo. Eran las tres y treinta y cinco minutos de la madrugada. Yo siempre les había dicho que los trabajos de la jerarquía superior, eran para mí más difíciles en esa hora.

Después de orar mucho pidiendo a Dios que mis oraciones sirvieran de alimento a él y a su hermano, pedí también que, cuando estuvieran completamente esclarecidos, se pudieran reunir, pues así no se hallarían solos. Pedí también que, si lo merecía, cuando estuviesen juntos, me fuese dada la gracia de poder verlos, pero que no quería forzar los acontecimientos, que todo se hiciese de acuerdo con la voluntad de Dios.

Orando así, con todo fervor, me desprendí nuevamente.

Esta vez, fui hasta la habitación de ellos. Allí, los encontré vistiéndose. Pero los vestidos eran diferentes de los que acostumbraban a usar. Parecían camisones blancos.

Percibí que Drausio sabía ya que había desencarnado, y me quiso dar una prueba de ello, pidiéndome: “¿Quiere amarrarme aquí, mamá?” Y me señaló su cintura. Cuando fui a hacerlo, retrocedió diciendo: “No. Déjelo; yo mismo lo amarro. Usted tendría miedo”.

Jamás podría tener miedo, del espíritu de mi querido hijo; pero él actuó así para darme una prueba de que estaba consciente de estar desencarnado.

Vi su semblante todavía muy abatido, cansado, y le

pregunté: “¿Quedaste muy aterrado, hijo mío?” (Realmente, él mostraba una fisonomía de pavor, cuando desencarnó). Y me respondió: “¿No era para estarlo, con lo que nos sucedió?”

Con esta respuesta, quedé segura de que él lo sabía todo.

Después, Diógenes se me presentó en más tierna edad de la que tenía realmente, y me dijo con voz infantil: “Mamá, ¡estoy tan feliz!” Y Drausio, como demostrando que estaba tomando nota de lo que hacía su hermanito, se agachó y, colocando el índice sobre los labios, dijo: “Silencio... tú sólo debes hablar de lo que nos autorizaron”.

Comprendí, entonces, que si bien es verdad que estaba conversando con mis dos hijos, se hallaban presentes allí otros mensajeros que yo no podía ver.

Después, Drausio salió corriendo sin despedirse de mí, mientras que cuando llegó con Sergio, me besó y hasta sentí su beso húmedo, como sucedía cuando se hallaba vivo.

Debido a eso, quedé triste. Pensé que él había huido para que no lo viera llorar, haciendo lo que yo hago cuando estoy entre mis familiares.

Parece que Diógenes leyó mi pensamiento y, volviéndose hacía mí dijo: “¿Sabe, mamá, por qué él está tan apurado? Se terminó nuestro plazo. El tiempo, allá, es contado como aquí. Un minuto, equivale para nosotros, a una milla y media”. Inmediatamente, también él se fue corriendo.

Diógenes quiso decir que tenían apenas un minuto para recorrer una y media millas; pienso que para un espíritu desencarnado hace tan poco tiempo es difícil, principalmente por haber muerto en un desastre.

Volví en mí nuevamente, pero, ahora, un poco más satisfecha, pues sabía que ya estaban juntos. Lo que solamente

me preocupa, es la fisonomía de mi hijo Drausio. ¡Parece tan cansado!

Pienso que como fue siempre aquí en la Tierra un alumno ejemplar, pues a los veintitrés años se iba a graduar de ingeniero, continúa siéndolo en el espacio. Debe haber estudiado mucho y haberse esforzado notablemente, para poder proporcionarme tanto alivio en tan poco tiempo.

Volví a orar largamente, agradeciendo la bondad infinita de nuestro Padre Celestial. Fui hasta la casa de mi hermana Nena, y le narré detalladamente todo lo que me había acontecido.

Terminé mi narración diciéndole que estaba muy contenta por haberlos visto juntos. Cuando volví en mí, oí la voz de Drausio que me decía: “Ahora, mamá, no llore más”.

Sí, hijo querido, espero que Dios me dé fuerzas para poder soportar esta separación momentánea.

Lo más interesante fue la confirmación que tuve con Odorica.

Por la mañana vino a traerme café y me dijo: “Soñé con Drausio. Tenía fisonomía de mucho cansancio”.

Así fue como lo vi. ¡Que Dios los bendiga, hijos míos!

LA CAMISA

19 de agosto de 1966.

Como dejo dicho, mi fe venció la muerte. Para mí, mis hijos están vivos. Es como si se hallaran realizando un viaje a un país muy lejano, y permanecieran allí a mi espera. Si de alguna cosa tenemos plena certeza, es de nuestra partida a la espiritualidad. No obstante, es como si se hallaran en un país de la Tierra, puesto que continúo comunicándome con ellos. Cuando en la Tierra estamos muy apartados de los parientes, procuramos comunicarnos con ellos por teléfono. Así, cuando tenemos nuestros seres queridos en el espacio y cultivamos la fe, la mediumnidad, y sobre todo el merecimiento Divino, ¡podemos comunicarnos con ellos! Esto sucede, naturalmente, sin esperarlo, como también en la Tierra recibimos muchas llamadas telefónicas sin esperarlas.

Vean lo que sucedió hoy. Oí la voz de mi querido Drausio, sin esperarla.

Fue así: por la tarde, después de haber almorzado, me acosté un poco para reposar. Repentinamente, oí que Drausio me decía: “Mamá, pida perdón a la abuela, porque no pude ir a visitarla el último domingo”.

En realidad, ellos tenían el hábito de visitar a los abuelos todos los domingos por la mañana, pero quizás adivinaron que sería el último, y fueron a pasar la mañana en un sitio que

tenemos cerca de San Pablo, cuyo lugar adoraban. Por tanto, regresaron muy tarde para almorzar y no encontraron a los abuelos, que acostumbraban a pasar los domingos con cada uno de sus hijos. Solamente Diógenes, mucho más tarde, fue a ver a los abuelos. Drausio tuvo que ir a ver a su novia Cristina.

Lo interesante es que fui a decirle eso a mi mamá, y resultó que también ella tenía algo que contarme.

Me dijo que Diógenes se le había aparecido con una camisa en la mano. Que cuando él se retiró, los espíritus le dijeron que era para hacer una pequeña obra de caridad.

Como ya sabe el lector, mi mamá es médium auditiva. Ella quedó sin saber lo que aquello significaba.

Entonces recordé que en la última semana de su vida, había comprado una camisa. En la hora en que trajeron la camisa del comercio, como era sábado y los bancos estaban cerrados, mi esposo no pudo dar el dinero y la camisa fue devuelta.

Recuerdo que mi esposo le dijo a Diógenes que disponía de poco dinero en efectivo y que si se lo diera para pagar la camisa, Drausio pasaría mal el fin de semana. El desistió a favor de su hermano, dando así una prueba más del gran cariño que los unía.

Hicimos una pequeña obra de caridad con la camisa. ¡Qué ello sirva para tu paz, hijo mío!

EL ENCUENTRO QUE SECA LAS LÁGRIMAS

23 de agosto de 1966.

Aunque crea ciegamente que algún día he de desencarnar también y que me encontraré con mis hijos, y aunque presuma que ese día no estará muy lejano, hay ocasiones en que la nostalgia me domina. Es natural que así sea, ya que todavía me hallo en el cuerpo y sujeta a las debilidades terrenales. Por otra parte, ¡ellos habían sido hijos maravillosos! Es lógico que dejaran profundas recuerdos.

En estos tres últimos días, por más que quería sustituir las lágrimas por la oración, no lo conseguía. Tan pronto como me ponía a orar, lloraba sin poder evitarlo. Parece que sentía más nostalgia por Diógenes, no obstante quería con el mismo amor a los dos hijos de mi corazón.

Mi estado nervioso, quizás se motivaba por el hecho de que me habían visitado dos profesoras de mis hijos, y que, recordándolo todo, habían llorado mucho. Vino también un amigo de Diógenes que, olvidando que ya era un muchacho mayor, lloró copiosamente.

Todos los profesores y los compañeros de ellos que me han visitado, se comportan del mismo modo. No consiguen reprimir sus lágrimas. Soy siempre yo la que, con mi fe y con mi valor, los calma.

¡Pero en estos tres últimos días me sentía agotada! No

obstante, el Padre Celestial ampara siempre a los que creen fielmente en él. Así, hoy, fui favorecida con una gran gracia. Estuve con mi querido Diógenes.

Sucedió así: desperté a las cinco de la mañana, y sentí una influencia pesada. Se trataba de espíritus sufridores que esperaban por mis oraciones. Oré mucho.

Cuando noté que la influencia había mejorado, comencé a orar por mis hijos. Me quedé dormida. Al despertar, vi que faltaban quince minutos para las ocho.

Cerré nuevamente los párpados, para hacer una rápida oración antes de levantarme.

Mi Espíritu se desprendió y me vi en el terreno de la casa. Mirando hacia lo alto, vi a mi querido Diógenes. ¡Qué lindo estaba! ¡Mucho más bello de lo que él había sido! Estaba blanco y rosado como él era, pero sus ojos parecían mucho más azules. Quedé encantada y muy contenta. No pude contener mi admiración, y le dije: “¡Qué lindo estás, hijo mío! ¿Y sabes lo que sucedió?”

Él me respondió: “Sí, mamá, ¡y estoy muy feliz!”

Entonces, en mi propósito de ilustrarlo, le dije: ¡si ya lo sabes, procura olvidar los deseos terrenales! Ora, hijo mío; ora mucho, para comenzar a trabajar para el Padre Celestial. Y espérame, que pronto nos reuniremos de nuevo”.

Él respondió: “Pero mamá, yo ya estoy trabajando. Voy a ayudar a transportar una persona que murió en...”

No pude conseguir oír donde. Me entristecí por haber perdido su última palabra. Pero, al bajar los ojos hacia la Tierra, vi, a un lado, a mamá, y al otro a papá. Papá me dijo: “No estés triste, hija. Él fue más allá de Itanhaem”. Es una ciudad del litoral, situada en el Estado de San Pablo.

Tuve la impresión de que él iba a dirigir un vehículo espiritual.

Terminada la conversación con mi hijo, entré en la cocina, dispuesta a relatar lo que me había pasado, a mis empleadas, pues las aprecio mucho. Pero vi a muchos espíritus de poca evolución alrededor de ellas, y no tuve valor para hablarles.

Después, llegué a saber que, en aquellos momentos, había mucha confusión en la cocina.

Entonces, subí a la habitación. Allí me encontré con los espíritus de mamá y de mi hermana Nena. Les conté lo que me había sucedido.

También le referí a esa hermana, aquel maravilloso encuentro que tuve con los queridos hijos, o sea, el día cuatro de agosto.

Volviendo en mí, bajé las escaleras corriendo, muy contenta, para relatar a las compañeras de servicio, lo que había sucedido.

Los sufrimientos de los tres días anteriores, desaparecieron como por encanto. Cuando comencé a hablar, Odorica me cortó la palabra, para decir que había soñado con Diógenes.

Me dijo que ella había soñado que yo descendía las escaleras llorando, y que le mandé que fuera a llamar a mi hermano, el médico. Que ella no lo encontró, pero que entró en la casa del brazo de Diógenes.

Eso sucedió con ella a las siete de la mañana.

Realmente, mi hijo me curó trayéndome de nuevo la paz. Y Odorica confirmó una vez más mi encuentro.

Loado sea Dios.

LA CORRIENTE MAGNÉTICA

10 de septiembre de 1966.

Me encuentro en Lindóia. Como los lectores probablemente sepan, Lindóia es un balneario de aguas minerales, situado en el Estado de San Pablo.

En esta localidad existe un manantial de agua con propiedades curativas, notables. Es apropiada para los riñones y para la piel. En muchas ocasiones vi a personas llegar con el cuerpo cubierto por eczemas y a los veintiún días, salir completamente curados. También es maravillosa para los riñones.

Frecuentamos mucho esta localidad, porque mi esposo tiene necesidad de descansar para calmarse. Está inconsolable con la pérdida de los hijos.

Desde hacía tres días, venía adoctrinando, mentalmente, a muchos espíritus sufridores, que se hallaban en el balneario. Solamente necesitaba cerrar mis ojos y ya me desprendía en espíritu, trasladándome a la fuente para aclarar a esos pobres hermanos.

No sabía el porqué de tanto adoctrinamiento. Hoy se me reveló la razón. Estaba preparando el ambiente para encontrarme con mis hijos.

Me desperté al amanecer. Vi que era muy temprano e intenté dormir nuevamente.

Tan pronto como cerré los ojos, me desprendí otra vez y fui hasta la fuente. Allí, junto a la fuente vieja, se hallaban: Diógenes, Drausio y su novia Cristina, que se hallaba todavía encarnada, pero que se había desprendido del cuerpo mediante su sueño.

Cristina, en espíritu, comenzó a contarme porqué había sucedido el desastre. Me dijo que Carlitos estaba corriendo mucho porque tenía prisa en regresar a su hogar.

Aunque se constató que él no estaba corriendo, más tarde llegué a saber que realmente tenía prisa en regresar, porque había dejado a su hijito enfermo.

Cristina se hallaba a mi frente y mis dos hijos aseguraban mis manos, estando uno a cada lado.

Sentía una fuerte corriente magnética que cruzaba entre los tres, como si se tratara de una corriente eléctrica.

De repente, Drausio soltó la mano, desprendiéndose de mí. Yo le dije, entonces: “No, hijo, dame tu mano, pues tú necesitas tomar fuerzas para robustecerte cada día más”.

Nuevamente nos unimos y con mucho cariño, le dije: “Querido, estaba sufriendo mucho con saudades de ti”.

Realmente, sólo lo había visto en aquel gran trabajo que tuve con ellos el día 4 de agosto.

Después me desprendí de ellos para escuchar un mensajero que estaba de pie sobre el muro que costea la fuente vieja. Él me dijo: “Usted hace muy bien en contarle a Francisco Cândido Xavier sobre estas comunicaciones que viene recibiendo de sus hijos. Él la va a orientar sobre lo que debe hacer”. Me dijo también que hiciese una visita a la familia de Carlitos.

En efecto, aún no había visitado a sus familiares. No me sentía con disposición para salir de la casa.

Continuando, el mensajero me dijo que lamentaba también el accidente ocurrido.

Comencé a llorar y me desesperé. En aquellos momentos, una mujer tomaba agua en la fuente, y ya no pude oír directamente lo que él me decía.

Pregunté, afligida: “Entonces, ¿murieron sin haberles llegado su hora?”

Cuando vio mi aflicción, descendió del muro y, tomándome las manos, me contestó: “No, hija, la hora les había llegado”.

Volví en mí. Tuve la impresión de que la mujer que buscaba el agua era tal vez un espíritu sufridor que obstaculizó nuestra conversación, impidiéndome oír directamente el mensaje.

Sabemos que los espíritus infelices son pertinaces.

EL PRIMER TRABAJO

15 de septiembre de 1966.

Hoy es la víspera del aniversario de Drausio. A pesar de haber desencarnado hace tan poco tiempo, ya cooperó en un trabajo espiritual.

Para un espíritu desencarnado hace tan poco tiempo, es una prueba de que ya poseía alguna evolución. Recordando el pasado, veo que, además de las cualidades que ya he mencionado, él debía contar con alguna evolución espiritual. Al nacer, trajo paz y felicidad a mi hogar, pues hasta entonces, habíamos venido luchando con varios problemas.

Cuando contaba dos años de edad, más o menos, yo despertaba durante la noche, y veía su espíritu desprendido por el sueño, salir de la habitación. La primera vez que lo vi salir, iba a llamarlo, pero me di cuenta de que era su espíritu, ya que su cuerpo estaba dormido en su camita. Eso sucedía siempre.

Además, él tenía conocimientos innatos, que solamente podía haber adquirido en otras encarnaciones. Por ejemplo: a los seis años de edad, se enfermó, y mientras estaba en cama, dibujó con perfección varios animales, en un cuaderno, pintándolos muy bien. En la carátula del cuaderno, escribió: “El Circo de Novedades”. Ese cuaderno lo tenemos guardado con mucho cariño. A los ocho años, hizo mi retrato al lápiz, muy bien hecho. A los catorce años hizo el retrato de mi

hermano médico, que colocó en un marco y lo tiene en su consultorio. Dibuja retratos al lápiz con gran facilidad, sin que nunca lo hubiera aprendido. Dibujaba tan bien que, en una ocasión, cuando contaba diez años y estaba haciendo el curso para ser admitido en el Bachillerato, la profesora llamó a varios compañeros para que vieran el retrato de Mozart, que él estaba haciendo.

Desde niño hacía letras góticas y de otros variados estilos, sin que jamás se lo hubieran enseñado.

Esos conocimientos, los tiene que haber traído de otras encarnaciones.

Además de eso, era muy inteligente.

Creo que, con la ayuda de los mensajeros espirituales, ya hizo su primer trabajo.

Paso a referir lo que pasó. Todavía me encuentro en Lindóia.

Como me suele suceder siempre, al hacer mi oración por la noche me desprendí. Fui a San Pablo. Me encontré en la casa de tía Julia, con mi querido Drausio.

Él, al verme, levantó una mano a la altura del ojo derecho, como si quisiera cubrirlo. Tenía su fisonomía un poco deformada, aunque mejor que cuando desencarnó. Percibí que quería cubrir su rostro, para que no me asustara.

Mientras nos abrazábamos, le dije con amor: “Querido hijo, no pienses que estás feo. Eso es una ilusión tuya”. Le pregunté por qué estaba allí, y me contestó: “Fue Julia, que me llamó para que la socorriera. Ella está cubierta de manchas rojas”.

Me asusté al verlo atendiendo ya a llamadas.



DRAUSIO GIUNCHETTI ROSIN

Realmente, mi tía tiene a su esposo muy enfermo. Como no vivo en San Pablo, no tengo noción cierta de lo que les está sucediendo.

Después de abrazarlo y de besarlo mucho, le dije: “Puedes irte, hijo”.

Él comenzó a subir... subir... subir... en posición vertical. Yo le dije en alta voz: “¡Que Dios te bendiga, Drausio!” ¡Que Dios te bendiga, Diógenes!

Los bendecía a los dos, aunque no había visto a Diógenes.

Mientras Drausio ascendía, quedé orando a Nuestro Padre, en voz alta.

Repentinamente, vi que una criatura se abrazaba a mis piernas y restregaba su cabecilla en mí. Tal como lo hacía Diógenes cuando era pequeño.

Entonces, le pregunté: “¿Eres tú, Diógenes?” El hizo un gesto con la cabeza diciendo que sí. No dijo palabra alguna. Sólo conseguí conocerlo por sus gestos. Ya es la segunda vez que veo a Diógenes en edad pequeña.

27 de septiembre de 1966.

Volví a Lindóia. Lo primero que hice fue informarme sobre el estado de salud de mi tío Germinal, esposo de tía Julia. Supe que está mejor y que ella tuvo, realmente, cubierto de manchas rojas todo su cuerpo, debido a perturbaciones nerviosas, pero que ya había mejorado.

Eso prueba que Drausio ayudó realmente en aquel hogar, con el auxilio de los Divinos Mensajeros, naturalmente.

EL GRAN MENSAJE

17 de octubre de 1966.

¡Hoy, nuevamente, me inclino ante el Padre Celestial, profundamente agradecida por el bendito día que me concedió!

Quizás esta frase no suene muy bien.

Pero la expresa y la siente, una madre que tiene el corazón dilacerado por la pérdida de sus hijos, agradeciendo a Dios los beneficios que de Él recibe.

Sí, lector: no todos tienen una fe viva e inquebrantable.

Esa es la fe que me anima y que ni la muerte consiguió debilitar. Que me hace grata, no solamente en los momentos felices, sino mucho más en los instantes de dolor.

Es esa la misma fe que debo a la asistencia espiritual que me está siendo dispensada por los amigos de la Vida Mayor.

¿Quién sabe qué faltas de otras encarnaciones estaré expiando en esta prueba?

Si pensáramos todos así, habría más gratitud para con Dios, y no desfalleceríamos ante el primer tropiezo; y por lo contrario, en los trances dolorosos, en vez de renegar de Dios y de su justicia, llegando a creerlo injusto, encontraríamos en nosotros mismos las causas de esos sufrimientos.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar a Dios? Si el Padre

Celestial, el Todo Poderoso, fuese alguien susceptible de ser juzgado por un simple mortal, dejaría de existir.

¿Cómo no admitir Su existencia, si a cada paso, a cada instante y en todas las cosas del Universo, sentimos Su presencia? Y, ¿de qué nos valdría, en el dolor, negar Su existencia? ¿Sufriríamos, acaso menos, sin Él?

No, lector amigo, estaríamos trabajando contra nosotros mismos. Estaríamos despreciando la única tabla de salvación que queda a aquellos que perdieron a sus seres queridos. La fe es la meta que nos lleva a encontrarnos con ellos. ¡Y qué confortamiento nos da esa certeza!

Les contaré, queridos lectores, el premio que recibí por mi fe.

Me encuentro nuevamente en Uberaba. Ya hablé sobre esta ciudad, pero olvidé decirles algo muy importante. Uberaba es una ciudad profundamente espiritual.

Ciudad de unos cien mil habitantes, cuenta con numerosos Centros Espíritas Kardecianos, y varias iglesias. Creo que en Uberaba no hay lugar para los materialistas.

Tal vez por haber sido muy bien acogida aquí, o por la confianza que tengo en el hermano Francisco Cândido Xavier y en mis compañeros de trabajo, es por lo que me siento tan bien en esta ciudad, especialmente, después de la desencarnación de mis hijos.

Vine para asistir otra vez a una reunión con Francisco Cândido Xavier, es decir, nuestro querido hermano y amigo “Chico”, que tan bien comprende el sufrimiento del prójimo.

Por la mañana, al despertar, vi a mi querido Diógenes caminando en el aire, muy sonriente, que venía hacia mí. Era tan nítida su imagen, que me parecía que estaba vivo.

Enseguida, vino a saludarme un espíritu, diciendo: “Sea bienvenida a Uberaba y siéntase entre nosotros como si estuviese en su casa”. Me pareció que se trataba de algún amigo espiritual del hermano “Chico”, que venía a recibirme.

Fue por la noche que me fue concedida la mayor dádiva que una madre en mis condiciones, podría recibir.

Francisco Cândido Xavier psicografió un mensaje de cincuenta y una páginas, enviado por mi hijo Drausio, con el auxilio de los mensajeros de lo Alto.

¡Fue inédito! “Chico”, como siempre, dio pruebas a todos los que dudaban de la vida en el Más Allá, citando nombres de parientes y amigos, vivos y muertos, que solamente mi hijo podía conocer.

La firma, concuerda perfectamente con la de Drausio, cuando era más joven.

El mensaje probó, además, en distintas veces, la autenticidad de las comunicaciones que vengo teniendo con mis hijos, y de las cuales no había hecho mención alguna a “Chico”.

¡Quedé maravillada! No solamente por las pruebas que servirán a muchos que todavía no creen, sino, mucho más, por el contenido del mensaje que transcribiré aquí, y por el cual podrán todos conocer el valor de la fe, especialmente en el momento supremo del tránsito de la criatura a la vida real.

Como ya tuve oportunidad de decir, procuré inculcar la fe en el espíritu de mis hijos. Procuré hacer de ellos criaturas perfectas, en lo posible, aquí en la Tierra.

Y, al leer ese mensaje, vemos plenamente premiado nuestro esfuerzo, pues Dios nos confió para educarlos, indudablemente, a dos espíritus de avanzada evolución.

Es lo que deduzco de las palabras de nuestro adorado Drausio, quien en el momento de su desencarnación, entre dolores atroces, tuvo fuerzas para orar.

Ese mensaje fue transmitido por nuestro hijo a menos de cuatro meses de su desencarnación.

Aún habiendo transcurrido tan poco tiempo, da pruebas de ser un espíritu bendito por su notable perfeccionamiento.

Por ejemplo: muestra, además de la fe, la humildad, no aceptando las palabras que pronuncié en público a su favor. Muestra verdadero espíritu fraternal, pues en el instante en que desencarnó, aún gritando por el dolor, trató de salvar a su hermano. Lo más sublime, en su desprendimiento terrenal, pues al referirse a la novia, a la que se había acercado hacía siete años, dice estar pidiendo a Dios que le conceda un compañero leal, que le dé la felicidad que él no le pudo dar.

¡Que Dios te recompense, hijo querido, dándote toda la felicidad espiritual posible!

EL MENSAJE

“Querida mamá, mi querido papá: con la bendición de Jesús, ruego que me auxilién siempre. Aquí estoy con algunos amigos. Supliqué permiso para decirles algo y lo conseguí. Creo, mamá, que esto sucede por su amor, por su cariño. Dicen que el corazón, cuando ama, vence la muerte, ¡y es verdad que la vence!

“Estoy oyendo sus palabras. Si yo no pudiera decir aquí que soy un espíritu débil y endeudado, muchos creerían que su hijo Drausio fue un santo. Pero todos nuestros hermanos aquí presentes, saben que para las madres, los hijos son siempre ángeles. Crea que, aunque no las merezcamos, ni Diógenes ni yo, sus palabras caen sobre nosotros como rocío Divino. Penetran en nuestras almas y afirman que usted y papá, confían en nosotros.

“¿Qué felicidad puede existir mayor que ésta, madrecita, la de poder inclinarse sobre el papel, con el auxilio de muchos amigos espirituales, y escribirles derramando en él mi corazón? ¿Qué alegría puede existir mayor que ésta, la de poder decir que estamos vivos, que el accidente no consumió nuestra personalidad y que las cenizas del túmulo cubrieron solamente la ropa deshecha que no nos servía más?

“Nos encontramos bien, recuperando nuestro equilibrio poco a poco. Confieso que, al principio, mi impresión fue indescriptible. Comprendí que el fin había llegado, cuando el impacto del camión sobre nosotros, nos redujera a harapos de

carne sanguinolenta. Lo vi todo, como si una poderosa fuerza me conservara en vigilia. El miedo se posesionó de mí y oré; oré como usted se puede imaginar, aplastado por la angustia y gritando por el dolor. Pensé en usted, en papá, en todos nuestros seres amados, sin olvidar a nuestra querida Cristina. No obstante, mi primera idea fue la de actuar en auxilio de Diógenes, pero no lo conseguí. Él, Ademar y Carlitos, yacían inertes. Alguien se aproximó a mí. Era la abuela María Filomena, que yo no había conocido. Me recogió en sus brazos y me dijo que el abuelo Rosin estaba orando en beneficio nuestro. No comprendía nada de lo que oía, pero acepté sus brazos cariñosos, en la seguridad de que ella venía por bendición de Jesús, en nuestro socorro. Enseguida, otros amigos espirituales, llegaron apresuradamente. El propio Don Romualdo de Seixas comandaba las providencias iniciales, y vi que él y los otros nos daban pases que comprendí que eran como un bálsamo para nosotros. No sé lo que Diógenes, Carlitos y Ademar sentirían de pronto, pero en cuanto a mí, puedo decir que aunque estaba unido al cuerpo abatido, sentí sueño y reposé... Despertando en la casa de Salud Espiritual donde usted nos vio, procuré por Diógenes y por los otros... Gradualmente, con el correr de los días, fui siendo atendido y vi a los tres, uno a uno... Mi primer problema se me presentó al recibir los pensamientos angustiados de papá, que deseaba morir con nosotros. ¡Ah, mamá, cuánto debemos a su fe!... Dentro de mí mismo, veía todo lo que nos llegaba de casa, y la visión de papá desesperado, me enloquecía; las oraciones de usted, me auxiliaban; los pensamientos tristes de papá Sampaio, me afligían, y las lágrimas de Cristina, ¡caían sobre mí como gotas de fuego sobre mi corazón! ¡Solamente basado en la resignación y las oraciones, es que conseguí sustentarme!

“Ahora, todo se va aclarando para mí y para Diógenes.

Usted nos visitó, sí, en aquella bendita institución dedicada a los que llegan aquí más pronto. Más pronto, mamá, no quiere decir fuera de tiempo. Diógenes y yo debíamos venir para acá en el momento en que se verificó el desastre, y, naturalmente, por el desastre y no en otras condiciones. Es el pasado, madrecita, que exigía de nosotros eso. El conductor del camión no tuvo la culpa, y usted hizo muy bien en disculparlo; y no se puede afirmar que Carlitos estuviera conduciendo con exceso de velocidad, aunque si estaba inquieto por la preocupación de regresar pronto al ambiente doméstico. Rescatamos nuestras deudas. La Ley de la Reencarnación nos absolvió. Realmente, mamá, ¿quién podrá decir que las pruebas sean una felicidad? Pero, ¿no será una bendición cumplir la Ley de Dios? Estemos pues, conformes. Ruego a papá que no piense más con desánimo o con violencia consigo mismo. Papá: hay millares de criaturas y de muchachos en la penuria, que necesitan de padres y de madres tan cariñosos y tan buenos como usted y como mamá. Trabajemos por el bien de ellos. Aquí, estamos aprendiendo que la mayor felicidad es hacer la felicidad de los demás. Y sólo por la caridad bien comprendida es que puede nacer la verdadera felicidad. ¡Caridad, padre mío! Caridad con los otros para que nosotros seamos felices y podamos merecer la ventura del reencuentro, más tarde. Le ruego, mamá, que consuele a Cristina, y que le diga que estamos juntos. Los novios que se aman con el amor de Jesús, pueden ser buenos hermanos. Seré para ella un compañero espiritual y estoy pidiendo a Dios que ella encuentre un joven amigo y leal que la ampare y le dé la felicidad que yo no le pude dar. Esto no es olvidar, es comprendernos los unos a los otros. Agradezco a todos nuestros amigos, especialmente a Sampaio, las oraciones con que me ayudan. Usted debe continuar firme en su fe viva. Esté segura de que nos ha visto, cuando se encuentra fuera del cuerpo. Las

visiones y los encuentros con la abuela Rosa, la tía Nena, Sergio, Cristina y Odorica, son todos verdaderos. Todas las personas tienen vida fuera del cuerpo físico, pero veo que, actualmente, el recuerdo no es habitualmente permitido, para que nuestros amigos encarnados no se desvíen y no olviden sus obligaciones en el mundo. Diga a la familia de Ademar, que él está muy bien amparado, y creo que en breve, conseguirá trabajar ya mediúnicamente en el grupo al que se hallaba unido mediante las reuniones que frecuentaba. Carlitos sufre todavía, y mucho, porque de todos nosotros, es el que más necesita estar al lado de la familia, pero esperamos que los seres queridos de él, lo auxilién con su paciencia y con sus oraciones. Diógenes está bien. No obstante, es el corazón juvenil que todos nosotros conocemos. En cuanto a mí he recibido de nuestro hermano Belilo y de la abuela María Filomena (y por intermedio de ellos el auxilio de muchos bienhechores espirituales), el apoyo de que todavía me siento necesitado. Quiero restaurarme, mamá; quiero trabajar, necesito levantar mis fuerzas y servir. Ayúdenme usted y papá. No puedo continuar escribiendo, porque el tiempo, aquí, es también medido y respetado como ahí. A todos los nuestros, especialmente al tío Roberto, nuestra gratitud. Y reuniéndola a usted y a papá en mi abrazo muy cariñoso, y pidiéndoles que no lloren más, soy, de todo corazón, el hijo agradecido.

DRAUSIO”

(Mensaje recibido en reunión pública de la Comunidad Espírita Cristiana, en la noche del 17 de Octubre de 1966, por el médium Francisco Cândido Xavier).

CONFIRMANDO EL MENSAJE

24 de octubre de 1966.

Como si no fueran suficientes las pruebas que tuve con el mensaje, hoy recibí otra confirmación.

Regresé anoche de Uberaba y me encuentro, por tanto, en San Pablo.

Hoy, a las 3 de la tarde, me acosté para reposar un poco. Antes de adormecerme, vi en el aire un cartón muy blanco, parecido a uno de esos cartones de visita. En él, estaba escrito lo siguiente:

“Las palabras de Drausio Giunchetti Rosin, fueron apreciadas en la vida espiritual”.

¡Que Dios te bendiga, hijo! Tú lo mereces, aunque no quisiste admitir mis elogios. ¡Fue un hijo maravilloso! Tierno, dócil, respetuoso; poseía, en fin, todas las cualidades de un hijo perfecto.

Es digno, por tanto, de tener esa recompensa, pues de acuerdo con lo dicho por Jesús, “la recolección es hecha según la siembra”.

Tú estás recogiendo el fruto de tu paciencia en aceptar una desencarnación tan brusca; de tu humildad reconociendo tus propios errores, los cuales ni aún como madre había

percibido. Naturalmente, errores de otras encarnaciones; del amor que supiste esparcir en la Tierra, pues son muchos los hermanos que oran por ti, sintiendo, realmente, tu partida.

Que tú, Drausio, puedas servir también de ejemplo a los hermanos endurecidos que se encuentran en el Espacio.

¡Que la paz del Señor esté contigo!



CARLOS GUILHERME DE MACEDO
(Carlinhos)

CARLITOS SE MANIFIESTA

28 de octubre de 1966.

Desde que llegué de Uberaba, vengo batallando hasta entre los propios parientes y amigos, para desvanecer de sus cerebros la idea de la culpabilidad que alimentan contra Carlitos.

Alegan que él conducía su automóvil siempre a alta velocidad, y lo responsabilizan, por tanto, por el desastre.

Solamente yo, que prácticamente fui la madre más alcanzada, pues quedé sin mis dos únicos hijos, no pienso así. Muy al contrario, procuro orar e irradiar pensamientos de paz para él.

Pero, al regresar, después de tener conocimiento de su sufrimiento, por el mensaje enviado por Drausio, comprendí que no era suficiente aceptar lo que había sucedido. Sentí que necesitaba trabajar aún más en favor de Carlitos.

Comencé por aclarar a las personas que lo tenían en cuenta como culpable, haciéndoles creer que el fin había llegado. Cuando encontraba dificultades para vencer, leía el mensaje para que creyeran.

Entre los que lo recriminaban, se hallaba un médium de determinada corporación espírita muy importante, en la que decía ocupar un cargo de significación.

Le dije claramente que no es posible ser un buen médium,

si nos sentimos con derecho para juzgar al prójimo. Así estaríamos olvidando las enseñanzas de Jesús.

Desgraciadamente, eso sucede con la mayoría de los hombres. Es suficiente que veamos cualquier falta en alguien, para que nos levantemos como jueces, llegando muchas veces a dictarle sentencia. Pues si pregonamos esa falta, en vez de procurar hacer que nuestro hermano sienta su error y se enmiende, estamos verdaderamente, pronunciado una condena.

Estaremos predicando el desamor y la incomprensión que muchas veces llevan a la criatura a la infelicidad completa.

¡Oh! Qué sublime sería que todo cristiano pusiera en práctica, siempre aunque fuera solamente un poquito de las enseñanzas del Cristo, principalmente tratándose de los que ya desencarnaron y que no pueden resurgir de la tumba para defenderse.

Hoy percibí cuán importante es nuestra buena voluntad para con los muertos. Sentí el efecto de la pequeña lucha que vengo sosteniendo en pro de Carlitos.

Fue así: Por la mañana, al despertar, elevé, como siempre el pensamiento a Dios, pidiendo protección para los cuatro, Drausio, Diógenes, Ademarcito y Carlitos.

Mientras oraba, una voz muy suave me dijo al oído: “Carlitos está aquí presente. ¡Vino a oír su oración!”.

Orando con mayor fervor todavía, procuré ayudarlo en la medida de mi alcance. Le hablé de las causas que le hacían sufrir. Del valor de la oración. De mi comprensión con lo que había sucedido...

Como el lector recordará, era él quien conducía el automóvil.

Así quedé por mucho tiempo, orando y conversando mentalmente con Carlitos.

Por la noche, me reuní con las personas a mi servicio, para orar por los cuatro, pues ellas son también médiums. Eso lo venimos haciendo todos los sábados desde que ellos desencarnaron.

Éramos solamente tres médiums, pero comulgábamos en un solo pensamiento, pidiendo con fervor que se les diera paz.

De repente, Odorica cayó en transe del espíritu de Carlitos, que demostraba gran aflicción.

Continué haciéndole las aclaraciones que le había hecho por la mañana.

Él se retiró más tranquilo. Nótese que la médium nada sabía sobre lo que había pasado conmigo por la mañana.

EL DIARIO ESPIRITUAL

5 de noviembre de 1966.

Hoy hace cuatro meses que perdimos a nuestros hijos. Si Diógenes estuviera vivo, habría cumplido ayer diecisiete años.

Desde que ellos desencarnaron, ando peregrinando con mi esposo, haciendo todo lo posible para salvarlo de la angustia. Él, por desgracia, todavía no posee la fe viva que me anima y que me da la certeza del reencuentro.

Espero con paciencia, pero con gran ansiedad, el día de mi partida para el Más Allá. No obstante, procuro sufrir lo menos posible, sustituyendo el dolor por la oración y por el servicio activo posible. No quiero abreviar mi vida terrenal con el sufrimiento, pues sería un suicidio lento, que no deja de ser un crimen, y prolongo naturalmente ese reencuentro tan deseado.

Será, bien lo sé, el día más feliz para mi espíritu, pero espero con resignación la voluntad de Dios.

En el momento en que escribo estas líneas, nos encontramos nuevamente en Lindóia.

Sufro por estar separada de mis padres, hermanos y demás familiares, que tanto me han amparado en este dolor, pero si Dios quiere, cumpliré mi misión hasta el fin.

Aquí, recibí hoy una gran lección espiritual, por mi interpretación, de un trecho del mensaje enviado por mi inolvidable Drausio.

Refiriéndose al hermano, él dice: “Diógenes está bien. No obstante, es el corazón juvenil que todos nosotros conocemos”.

¡Quedé preocupadísima! Tuve temor de que él no estuviese progresando. Me olvidé de que él “está bien”, lo que, naturalmente, quiere decir que estaba muy bien amparado, recordándome, sólo, lo del “corazón juvenil que todos conocemos”.

Así, consciente de que el único medio de que dispongo para ayudarlos es la oración, oraba todo el día pidiendo a Dios que permitiese que Diógenes progresara como su hermano.

Me olvidaba de que él había estado menos tiempo en la Tierra, y que por tanto, había tenido menos oportunidad de perfeccionarse; que solamente había vivido dieciséis años y medio; que mis lecciones no podían ser integralmente asimiladas por un joven cuyo cerebro se hallaba todavía en desarrollo; que en relación con su edad, él había aprendido mucho, pues era obediente, bueno, sincero y jamás mentiroso; que estudiaba en contra de su voluntad, solamente para proporcionarme alegría.

Olvidaba así, de todo ese bagaje que él llevara, y de que naturalmente Dios lo compensaría, me quedé muy afligida.

¡Qué importante es saber orar! Pues a pesar de toda mi fe, del estudio que he hecho de la Doctrina Espirita, aún así tengo mucho que aprender. ¡Casi perjudiqué a mi hijo!

Es lo que vine a saber, con una revelación que tuve hoy.

Me mostraron, en pleno día, un periodiquito espiritual, en el que estaba impresa, una columna entera, dedicada a mi querido hijo Diógenes.

Contenía muchas palabras de elogio referentes a él, pero

no pude retenerlas todas. Sólo me recuerdo que decía que Diógenes estaba en estudio profundo de la espiritualidad, en una escuela del Más Allá, y que, con tanto amor, casi lo había perjudicado.

El periódico decía, poco más o menos, esto: “Y la madre, llevada por el exceso de amor maternal, quería el mismo grado de evolución para los dos, olvidándose de que, tanto en la Tierra como en el Espacio, somos útiles los unos a los otros. Esto suscitó comentarios en el Espacio, entre espíritus de poca evolución. Llegaron hasta a hacer apuestas sobre que él no regresaría a las aulas, yendo ellos a reunirse a la puerta de la escuela, para enterarse del resultado.

“Pero como siempre, allí se dirigió Diógenes, mostrando firmeza de carácter y de convicción de lo que estaba haciendo. Su voluntad de progresar, sirvió de lección a los mal intencionados y a los haraganes”.

¡Oh, Padre Celestial! Perdóname si el amor me llevó a errar, y, sobre todo, ¡ampara a mi hijo! ¡Que desde aquí yo pueda hacerle sentir todo mi amor, toda mi gratitud, por la felicidad que me proporcionó mientras estuvo en la Tierra! Espero, ¡oh Dios! Que en el día de nuestro reencuentro, pueda abrazarlo pidiéndole perdón.

Después, como sucedió otras veces, me vi, en espíritu, en la casa de mi hermana Nena, contándole todo lo sucedido.

Ella, que era madrina de Diógenes, quedó muy entusiasmada, y me preguntó: “¿Quién era el mensajero que te mostró el mensaje?”

Le respondí que no lo sabía. Pero, volviendo en mí, oigo la voz del amigo de la Vida Mayor que se presentó: “Lázaro”.

Gracias Te doy, ¡oh Padre Celestial! Por permitir que me orienten.



DIOGENES GIUNCHETTI ROSIN

Te agradezco, también, que me permitas saber que mi inolvidable Diógenes, continúa estudioso como siempre, consciente de que, como en la Tierra, el estudio en el Más Allá se hace también necesario.

A ti, querido hijo, mi gratitud, pues por vez primera en el día de tu aniversario, eres tú quien me trae el presente. ¡Y qué presente! El más valioso de toda mi vida. La certeza de que estás progresando.

¡Que Dios te bendiga, Diógenes!

LA PRUEBA

9 de noviembre de 1966.

Todavía me encuentro en Lindóia. Una alegría incontenida domina hoy todo mi ser. Es inaudito que una criatura en mis condiciones, pueda sentir alegría.

Es que hoy abracé a mi querido Drausio, al que no veía desde el 15 de Septiembre. Confieso que ya no soportaba la nostalgia.

Fue por la madrugada. Yo me hallaba despierta. No conseguía dormir. Vi a mi hijo Drausio, llegar alegre y lleno de cariño como había sido siempre en vida. Me abrazó efusivo. Llegué a sentir su cuerpo junto al mío. Me besó varias veces con besos que dejaban humedad. Y como hacía cuando estaba en la Tierra, apuntó su rostro con el índice para que lo besara.

Coloqué en aquel beso, todo mi amor maternal. Quería que él sintiese que lo quiero tanto o más que cuando estaba a mi lado.

¡Fue extraordinario! ¡Sentí su rostro materializado!

Él, radiante, me dijo: “Mamá, voy a dejar una prueba de que estuve aquí”. Y salió.

No pudiendo contener mi satisfacción, me viré para llamarlo, y me encontré con el espíritu de tía Diva, que no cree

en el Espiritismo, aunque sea una buena criatura, por ser muy católica.

Le dije: “Imagínese, tía Diva, Drausio estuvo aquí y me prometió dejar una prueba. ¿Para quién será? Pues no tengo necesidad de más pruebas”.

En ese momento, entró el espíritu de mi sirvienta Ana, diciendo: “Doña Zilda, Drausio se fue llevando dos hombres malos que estaban con su esposo, en un vehículo que nunca vi”.

En ese mismo instante, volví en mí, en la cama, con la luz que mi marido, repentinamente despierto, había encendido precipitadamente. Él estaba muy inquieto y afligido.

Me recordé de la prueba de que había hablado mi hijo, y le pregunté qué estaba sintiendo.

No me contestó, y como si hablase consigo mismo, se puso a murmurar, ya sentado en la cama: “Es siempre la misma persecución”.

Es necesario que yo aclare que vengo sosteniendo una lucha intensa con mi esposo, desde que nuestros hijos desencarnaron. Está incomprensiblemente, muy rebelde. Hasta contra Dios. No consigo hacerle aceptar la prueba por la que estamos pasando. Fuertemente preocupado con los negocios, nunca quiso inclinarse a la religión.

Por eso es que agradezco a Dios que él nunca me prohibió estudiar y practicar la Doctrina Espírita.

Absorto por el trabajo en la vida material, él no cree en la posibilidad de que pueda haber una vida más allá del túmulo. Solamente cree en la fuerza del pensamiento, y ahora no encuentra apoyo en su creencia. Sufre mucho, por eso. No se le puede ni hablar de los hijos.

Con la partida de ellos, se desmoronó todo su tesoro terrenal.

A él no le sucede lo que a mí, que perdí un tesoro en la Tierra, pero sé que me espera un tesoro más valioso en el Más Allá.

Aún sabiendo que eso le haría llorar mucho, resolví contarle lo que me había sucedido. Tenía la certeza de que era para su propio bien.

Mi querido Drausio había prometido una prueba y sólo podía ser para él, pues estábamos solos los dos en el hotel.

Hasta ese día todavía no le había referido nada sobre las comunicaciones que vengo teniendo con nuestros hijos.

Y, bajo su llanto, se lo conté todo, no olvidando decirle que nuestro hijo se había llevado dos espíritus infelices que lo seguían.

Al terminar mi relato, él muy agitado, gritó: “¡Es verdad! ¡Es verdad ¡Tuve una prueba!”

Me dijo que había soñado con Drausio y que, en el sueño, pensaba: “Dicen que Drausio murió, y, sin embargo, ¡él está aquí!” En el mismo instante, se le apareció un hombre con fisonomía muy fea y le dijo: “Él murió. ¡Ya no existe! ¡Todo se acabó!”

A continuación, él se vio en una calle muy oscura, perseguido por dos malhechores que deseaban atacarlo. Cuando él se volvió para verlos, uno de ellos sacó del cinto una faca y avanzó. Fue en ese momento que él despertó sumamente afligido.

Me contó que esos sueños se le han repetido últimamente, con frecuencia, y que por esa razón él encendía la luz repentinamente, durante la noche.

Ahora veo que su incredulidad es también resultante de una persecución espiritual, y que nuestro querido Drausio, con la ternura y la dulzura que le son peculiares, está consiguiendo auxiliarnos.

Por tanto, se hace necesario que mi esposo procure elevar su espíritu, para que pueda librarse de cualquiera otra influencia perturbadora.

Hace varios días que nos encontramos en San Pablo, y vengo observando gran mejoría en mi esposo.

Consciente en oír hablar de los hijos, va al cementerio sin llorar, y se interesa por la oración. Hasta solo, lo vi ya orando.

Que Dios me permita la gracia de que sienta la fe en el corazón, pues solamente así restaurará él nuestra tranquilidad.

Como podemos deducir, Drausio aun habiendo desencarnado hace tan poco tiempo, ya está comenzando a trabajar. Desde luego, con el auxilio de Enviados de Jesús.

Todo ello, pone de manifiesto la virtud y el esfuerzo de él. Por tanto, creo no haber exagerado al decir que en esta encarnación él fue perfecto en lo que cabe.

¡Que DIOS le dé permiso para que pueda levantar sus fuerzas, y para que sirva, que sirva siempre, de acuerdo con lo que él dice en su mensaje!

LA ESCUELA ESPIRITUAL

26 de noviembre de 1966.

Hoy, mi adorado Diógenes, vino a confirmar el mensaje que leí en el Periódico Espiritual.

Como el lector debe estar observando, la vida continúa siendo la misma en la espiritualidad.

Estuve ya en una de las Moradas de la Casa del Padre, y en el Hospital Espiritual. Esas dos visitas fueron confirmadas con el mensaje.

Leí un Diario Espiritual y tuve conocimiento de la existencia de la Escuela Espiritual.

Y quien escribe esto, es una criatura del Planeta Tierra.

Estas páginas no son dictadas desde el Espacio. Son hechos reales que me vienen sucediendo.

¡Qué maravilla! ¡Poder confirmar, por mí misma, lo que los libros espiritistas nos dan a conocer!

Agradezco al Padre Celestial por concederme esta sublime oportunidad.

Pero estaba hablando de mi pequeño Diógenes. Digo pequeño, porque aunque medía un metro y ochenta y tres centímetros, siempre me pareció pequeño. Casi una criatura.

El querido hermano “Chico” me aclaró ese fenómeno,

diciéndome que él cuenta en el Espacio, la edad de diez años. Y que aquella vez que yo lo vi en un transporte espiritual, con apariencia maravillosa y mayor de lo que era, fue por obra de los mensajeros de la Vida Mayor, con el fin de que yo me confortara.

Realmente, en aquellos días, yo estaba queriendo perder mis fuerzas, y esa visión me rehizo.

Cuando Diógenes era pequeño, es decir, recién nacido, todas las personas que soñaban con él, lo veían del tamaño de una pequeña muñeca.

Hasta a mí misma me sucedía eso siempre.

Aún después de crecido, siempre que soñaba con él, me parecía menor de lo que era.

Hoy, él cuenta doce años en el Espacio. Creo que para quien vivió solamente dieciséis años en la materia, aprovechó bien la encarnación actual.

Hay personas que viven en la Tierra por largos años y regresan a la vida espiritual sin haber evolucionado en absoluto. Las hay que se estacionan habiendo contraído deudas enormes con su mal procedimiento.

Por tanto, agradezco a Dios la evolución de mi querido hijo.

Como dejo dicho al inicio de esta narración, hoy estuvimos juntos.

Fue por la noche. Yo había regresado de mi viaje y me sentía muy cansada por haber venido conduciendo el automóvil, lo que, antes del desenlace, siempre constituía para mí un magnífico pasatiempo.

Me acosté. No conseguía dormir. Creía que se debía a mi estado físico.

Oré durante mucho tiempo. De repente, comencé a divisar espíritus en sufrimiento. Los veía y los oía.

Afirmándome aún más en la oración, procuré ayudarlos mentalmente.

Después de algún tiempo, el ambiente se hizo más agradable. Cuando me quedé dormida, me desprendí y fui a parar al jardín de la casa. Allí estaba mi Diógenes, muy risueño. Con su voz infantil, me llamó: “¡Mamá... Mamá!” Corrí hacia él, emocionada. Entonces, me dijo: “Mamá, estoy, en la Escuela Espiritual. ¿Sabe qué nota obtuve? ¡Setenta! ¡Nota de setenta, mamá! ¿Usted está contenta conmigo?”

No conozco el valor de las notas de la Escuela Espiritual, pero viéndolo rebosante de júbilo, le respondí: “¡Sí, querido hijo! ¿Cómo no he de estar contenta, si tú estás procurando progresar?” Él me abrazó y me besó por dos veces y, después, jugando, me mordió suavemente en el rostro.

Extrañé tanto cariño, pues él no era tan expansivo como Drausio.

Tuve la intención de preguntarle si estaba sintiendo nostalgia por nuestra falta, pero, al formular esa idea, regresé al cuerpo inmediatamente.

Pensé que no me habían permitido hacerle esa pregunta, porque podría perjudicarlo.

Al volver en mí, volví a orar. Pedí a Dios que diera fuerzas a algún corazón de madre para que me sustituyera al lado de nuestro adorado hijo, proporcionándole el cariño maternal que él había perdido temporalmente.

Me recordé de su protectora, mi abuela Luisa, que yo no conocí porque falleció cuando papá era un niño.

Paso a referir algo interesante sobre su protección.

El día 4 de noviembre de 1949, fecha del nacimiento de mi hijo Diógenes, desperté a las seis de la mañana. Vi en un rincón de mi habitación, suspendidos en el aire, a mis abuelos paternos. Abuelo Eugenio y abuela Luisa. Se daban los brazos y estaban vestidos de novios. Ambos muy jóvenes, aunque mi abuela había desencarnado mucho tiempo atrás. Sabía que eran ellos, por las facciones de mi abuelo, que eran las mismas, y por el pelo de la abuela, muy famoso, porque le llegaba al suelo, y del que todavía existe un mechón sostenido por un anillo, como recuerdo.

La abuela Luisa, se desprendió del brazo del abuelo, siempre en el aire, y se dirigió hacia mi lecho, pasando sobre mis pies, muy sonriente.

Sentí fuertes escalofríos, y aunque completamente despierta, no tuve fuerzas para llamar a mi esposo.

Ella, siempre con una sonrisa angelical, volvió al lado del abuelo, en un rincón de mi enorme habitación, y tomándolo del brazo, desaparecieron.

Solamente entonces, conseguí despertar a mi esposo, para contarle lo sucedido. Yo le dije que daría a luz, ese mismo día. Y bajo su incredulidad, momentos después, mi esposo tenía su segundo hijo en sus brazos.

Pasados muchos años, algunos meses antes de ellos desencarnar, es que supe que la abuela Luisa era la protectora de Diógenes.

Oré a beneficio de nuestro hijo, que no estaba bien, y me

vi envuelta por el espíritu de abuela Luisa. Fue la primera vez que Diógenes me vio recibir una comunicación, aunque frecuentemente recibía pasés y su educación había tenido lugar bajo orientación espiritista.

Considero el Espiritismo como una elevada ciencia, y no creo que pueda ser bien asimilado por un cerebro infantil. Pero, aún así, obedecí a la protectora. Al envolverme en sus fluidos, ella me dijo que lo dejara asistir a las sesiones de Espiritismo que se hacían en mi casa. Obedecí inmediatamente.

Y gracias a eso, mi querido Diógenes tuvo conocimiento de varios fenómenos espiritistas, antes de desencarnar, lo que le debe haber ayudado mucho.

EL TRIÁNGULO ESPÍRITA PUBLICA EL MENSAJE

1º de diciembre de 1966.

El **Triángulo Espírita**, órgano de la Alianza Espírita de Uberaba, publicó, en su edición del primero de diciembre de 1966, el mensaje de mi hijo Drausio.

Gracias a la gentileza de la Dirección de ese periódico, días después llegaban a mis manos varios ejemplares del mismo.

¡Oh! ¡Si los hermanos de Uberaba supieran el bien que me hicieron! Confieso que, en los días anteriores a la llegada de tan magnífico presente, sentía que mis fuerzas disminuían.

Lágrimas de nostalgia brotaban de mis ojos, por más que hiciera por reprimirlas. Era la semana destinada a la graduación de mi adorado Drausio.

El día que se hizo la misa conmemorando la fecha en que debía haberse graduado, llegaron a mis manos los periódicos. ¡Fue como un bálsamo para mi espíritu!

El mensaje publicado con todo cariño por el **Triángulo Espírita**, ocupaba más de una página del periódico. Situada al centro, aparecía la fotografía de mi hijo, la misma que fue publicada en el diario de San Pablo, *La Gaceta*, como homenaje que le habían hecho con motivo de los muchos premios que había obtenido en el Colegio Makenzie.

Entonces caí de rodillas, agradeciendo al Padre Celestial, por haber permitido a mi hijo, en tan poco tiempo, practicar la caridad.

Sí, fue lo que deduje con la publicación del mensaje. Pues si existiera entre los encarnados alguna duda sobre la inmortalidad del alma, bastaría la lectura del mismo para quedar convencidos.

Como el lector habrá observado, es grande la cantidad de detalles y de nombres familiares que el mismo contiene. Dará a cualquier incrédulo la oportunidad de razonar sobre la posibilidad de la vida en el Más Allá.

Yo misma estoy observando todo el bien que su lectura está proporcionando a muchos amigos y conocidos de nuestra familia.

Todos quedan maravillados cuando lo leen. Los familiares se sienten conformes y confortados.

Nuestros amigos que no son espiritistas y que ya se mostraban admirados al ver la fortaleza moral con que estoy reaccionando ante mi dolor, al leer el mensaje me preguntan que les indique qué libros espiritistas deben leer.

Es lógico que les aconseje que comiencen leyendo ***El Evangelio según el Espiritismo***, por Allan Kardec.

Eso prueba que, gracias a Dios y a los amigos de la Vida Mayor, mi hijo está trabajando ya. Trabajo mucho más valioso que el que hubiera podido hacer con su diploma de ingeniero.

¡Lado sea Dios!

INTENTAN OBSESARME

3 de diciembre de 1966.

Como todo espiritista estudioso sabe, nuestra atmósfera psíquica en la Tierra, justifica la presencia de innumerables Espíritus malhechores entre nosotros, los habitantes del Planeta. Muchos de aquellos que no conocen la Doctrina Espírita, llegan a veces a tal punto de obsesión, que acaban siendo recogidos en un sanatorio.

Hay criaturas que luchan contra ciertos vicios y que no consiguen vencerlos. Hablando con más claridad, podemos decir que esos individuos se hallan bajo el poder de un espíritu que los obliga a practicar tal o cual vicio, que ellos reconocen, pero no pueden dominar.

Por ejemplo, eso es común en los alcohólicos. Entonces, hay quien se pregunta: “¿Es posible que Dios permita eso?”

Y yo les contesto: ¡No! Lo que sucede es que los espíritus son las mismas personas que desencarnaron y que, en el espacio, alrededor de nosotros, continúan teniendo los mismos deseos y los mismos sentimientos que tenían mientras vivían.

Nadie se transforma en santo por el simple fenómeno de la muerte.

Por tanto, los que gustaban de la bebida, por ejemplo, sintiendo todavía el deseo de beber, se aprovechan de muchos

hermanos que gustan del alcohol, para saciar a su vez la sed de bebida por intermedio de ellos.

Si esos hermanos terrenales no tienen una fe viva y las cualidades morales que los defiendan, pueden caer en instrumentos de espíritus obsesores. De igual modo que en el caso de los alcohólicos, la obsesión aparece en otros campos.

Los que eran malos en la Tierra, continúan siéndolo en el Espacio, y se complacen causando sufrimiento al prójimo. Es lógico que tal cosa no suceda porque Dios lo permite. Aquí en la Tierra, vemos también mucha maldad, mucha injusticia y muchas calumnias levantadas contra el prójimo. Todo ello hecho contra la voluntad de Dios, pues según las enseñanzas cristianas, debemos amar al prójimo como a nosotros mismos.

Y, desgraciadamente, son muchos los que se dicen cristianos, y pocos los que siguen las enseñanzas del Cristo.

Pero, principalmente contra los enemigos del Espacio, todos tenemos un arma poderosa: la fe. La oración fervorosa. Nada convence más a un espíritu, que una oración bien sentida. He tenido el ejemplo de eso.

Cuando mis hijos desencarnaron, intentaron obsesarme. En el día inmediato a su desencarnación, abrieron bruscamente la puerta de mi habitación y gritaron: “¡Mamá!... ¡Mamá!...” en tono desesperado.

Percibí que espíritus obsesores estaban tratando de abrir una brecha en mi dolor, para atormentarme. Me senté en la cama y oré. Oré con gran fervor. Pedí a Dios que permitiera que algún mensajero divino me auxiliara en aquella buena voluntad de doctrinar.

Tenía la seguridad de que no se trataba de ninguno de mis hijos.

Aunque ellos estuvieran sufriendo, jamás vendrían a aumentar mi sufrimiento. Así pensé.

Y gracias a mi modo de actuar, jamás se volvió a repetir el hecho.

En otra ocasión, estaba orando y me hablaron diciéndome: “¡Si usted supiera lo que estoy sufriendo!”

Actué del mismo modo. Tuve piedad del espíritu embustero y procuré instruirlo. Hoy estaba pidiendo a Dios que iluminase a mis hijos, cuando oí que me decían: “¿Qué luz? Aquí nadie nos da luz”.

Explicué al espíritu infeliz que la luz a la que me refería era la comprensión, la iluminación interior obtenida por el esclarecimiento, la paz; era, en fin, todo lo que mis hijos necesitaban todavía para rehacerse en la vida espiritual.

Procuré hacerle sentir la necesidad que él mismo tenía de esclarecimiento para que pudiera dejar de deambular por el Espacio y ser recogido en una de las “Moradas de la Casa del Padre” que pudiera estarle destinada.

Así he venido actuando desde el comienzo de mi dolorosa prueba materna. Gracias a la fe que tengo en Dios y al conocimiento de la Doctrina Espírita, continúo observando el necesario discernimiento para luchar con las más difíciles situaciones.

Tengo la plena convicción de que si no fuera espiritista, jamás habría resistido el grande golpe de la pérdida de mis hijos muy amados.

Bendito sea el Espiritismo que me da fuerzas, no solamente para soportar mi propio dolor, sino también para dar valor a mis hermanos terrenales o esclarecer a los desencarnados infelices que no consiguen perturbarme.

NAVIDAD

24 de diciembre de 1966.

Me encuentro de nuevo en Uberaba. Vine a pasar la Navidad en compañía de Francisco Cândido Xavier, es decir, del querido hermano “Chico” y de todo el personal de la Comunión Espírita Cristiana.

¡Fue maravilloso! Una Navidad como jamás la pasé en toda mi vida.

Yo, que pensaba pasar la fecha magna del Cristianismo llorando, la pasé completamente en paz.

Los componentes de la Comunión Espírita Cristiana, de Uberaba, ofrecieron una cena a más de trescientos pobres.

¡Qué feliz me sentí al lado de ellos! Precediendo a la cena, nuestro hermano “Chico” hizo una sentida plegaria, salida del fondo de su alma.

En esa oración, él agradecía a Dios la reunión de la familia espiritista, y dedicaba aquellos minutos de fe al alimento de los hermanos desencarnados que vinieran a participar con nosotros, con excepción, naturalmente, de los que ya tenían suficiente evolución.

Yo me encontraba a la derecha de nuestro querido hermano. Habíamos regresado del trabajo de asistencia a

hogares menos favorecidos, realizado semanalmente en Uberaba, por los hermanos de la Comunión Espírita Cristiana.

Mientras él oraba, me sentí invadida por ilimitada fe.

Me desprendí por un instante, y divisé en el aire, bien al centro de la mesa, el busto de mi hijo Drausio.

Por primera vez, vi el cuerpo espiritual de mi hijo en forma de luz, tal como he visto a muchos Mensajeros de la Vida Superior.

Agradezco a Dios el haberme dado la oportunidad de lograr estar presente en tan grandiosa cena, en la que fue saciada el hambre de los encarnados por el alimento, y de los desencarnados por la oración.

¡Oh! ¡Qué sublime es la fraternidad! ¡Sentirnos unidos, hermanados en un solo ideal! “¡Seguir las enseñanzas del Cristo!” Y allí reunidos, ricos y pobres, comprendiendo todos el porqué de su sufrimiento, la alegría invadió nuestras almas, ¡dándonos la certidumbre de un porvenir risueño en una vida futura!

¡En cada rostro infantil o maduro que allí estaba, aún bajo los andrajos que los cubrían, se veía estampada la felicidad, aunque fuese por un pequeño lapso de tiempo! ¡El milagro de la fraternidad!

¡Oh, Jesús! ¡Es en momentos como éstos cuando percibimos que tu sufrimiento no fue en vano!

EL PASADO EXIGÍA

28 de diciembre de 1966.

Ayer regresé de Uberaba. Me encuentro, pues, en San Pablo.

En casa, encontré enferma a Rosángela, hijita de Odorica, que cuenta ocho años de edad. Sufrió una operación quirúrgica en la garganta. Está, con nosotros desde hace cuatro años. Cuando vino, casi no sabía hablar ni comer. Impresionaba verla con la faz arrugada, como si fuera una viejecita. Tal era su estado de desnutrición.

Hoy, gracias a Dios, que nos dio la oportunidad de tratarla, es otra muchacha, aunque un poco retardada. Siente mucha dificultad para expresarse. No me recuerdo de haberla oído contar cualquier hecho ocurrido, por simple que fuera, pues habla muy poco.

Diógenes sentía muchos celos de ella. Tenía razón, pues yo la consideraba como la hija más pequeña.

Hoy, como está enferma, le hice compañía. ¡Se dio algo insólito!

Ella se puso a hablar como un papagayo. De repente, cambiando de expresión, comenzó a conversar como una persona grande y culta. Su lenguaje era claro y sus expresiones como jamás se las había oído pronunciar. Parecía estar convencida de lo que decía.

¡Quedé asombrada! Me di cuenta de que la muchacha estaba siendo instrumento de algún espíritu.

Me contó dos sueños que había tenido con mis hijos. Primero habló sobre lo que había soñado aquella noche.

Me dijo que había visto a Diógenes tocando una guitarra y cantando, aquí mismo, en nuestra casa. Él estaba muy contento y le dijo que se había ganado el instrumento. Afuera, en la calle, había mucha gente que quería entrar en nuestra casa, pero él no los dejaba. Todos le obedecían. Deduje que serían espíritus.

Ella, como siempre hacía cuando él estaba encarnado, se puso a irritarlo, moviéndole la guitarra. Dice que de repente, él se levantó. Ella tuvo la impresión de que él iba a castigarla, aunque nunca antes lo hubiera hecho. Temerosa, la niña dijo que se había arrodillado y con sus manos cruzadas sobre el pecho, le pidió perdón, diciéndole que jamás volvería a disgustarlo.

Él, sonriendo, le dijo: “Yo ya no soy así. No tengo disgustos ni celos de nadie”.

¡Bendito sea Dios, hijo! ¡Ya sacaste de tu corazón los celos, y llegas a comprender que Rosángela es tu hermana espiritual! Ya has aprendido mucho en la escuela espiritual que estás frecuentando.

Lo más interesante en el sueño de esta criatura que es todavía tan pura, es lo del regalo de Papá Noel. Ella no sabía que viendo yo aproximarse la Navidad, pedía con toda mi alma a Dios diese permiso a los mensajeros espirituales para que me sustituyeran junto a mis hijos, con el fin de que ellos tuvieran también alegría en ese Santo Día, como recompensa por toda la felicidad que me proporcionaron en la Tierra.

A continuación, Rosángela me contó, con la misma desenvoltura, otro sueño que había tenido en la noche anterior.

Téngase en cuenta que ella había sido operada de la garganta, que no podía casi hablar, y que no había contado eso a nadie, ni siquiera a su madre.

Me dijo que había soñado con los cuatro: Drausio, Diógenes, Carlitos y Ademarcito.

Me refirió que ellos fueron a llevarla a la escuela en un automóvil muy diferente de los actuales. En el camino, chocaron con otro vehículo que ella describió como una “pava”, con la diferencia de que el conductor estaba solo en el frente, y descubierto. Atrás se hallaban tres personas más. Por su descripción, parece que se trata de uno de los primeros automóviles inventados.

Del choque con el otro vehículo, murieron todos los que iban en el otro automóvil, mientras que mis hijos y sus compañeros salieron ilesos.

Siguió diciendo que ellos colocaron los muertos en su propio automóvil y fueron a tirarlos muy lejos, en un precipicio. No contaron lo ocurrido a nadie. Por tanto, el crimen quedó encubierto para siempre.

Al escuchar eso de aquel cerebro infantil, cuya naciente formación jamás sería capaz de inventar tal historia, y de aquella boquita que tanta dificultad tenía para expresarse, mientras que en aquellos momentos lo hacía correctamente y con tanta facilidad, me recordé de uno de los párrafos del mensaje: “Es el pasado, madrecita, que exigía eso de nosotros”.

Terminada mi larga conversación con la niña, me recogí en mi habitación para hacer mi oración cotidiana. Y al término de la misma, escuché una voz que decía: “Lo que usted acabó de escuchar de aquella niña, es la verdad”.

EL TRATAMIENTO ESPIRITUAL

6 de enero de 1967.

Ayer hizo seis meses que nuestros hijos desencarnaron. Y hoy, nuevamente estoy agradecida a la Misericordia Divina.

Me encuentro en Santos, en el decimocuarto piso de un edificio desde el cual pueden verse diversas playas del litoral. ¡Es un lugar encantador!

Confieso que después de la tragedia es la primera vez que me pongo a observar las bellezas de la Naturaleza. Una de las maravillas de las Obras Divinas que, injustamente, o mejor dicho egoístamente, estaba olvidando.

Digo egoístamente porque después de lo que nos sucedió, no conseguía ver nada bello en la Tierra. Juzgaba, incluso, que me hallaba en un Planeta áspero e ingrato.

Pero, ahora veo qué ingratos somos nosotros y no el Planeta formado por el Creador, que fue pródigo por demás para con los seres terrestres, que en su mayoría vienen a él para expiar sus faltas.

¿Qué culpa tiene el Padre Celestial si sus hijos a quienes Él colmó de riquezas naturales, están siempre buscando en otro lugar la felicidad, desviándose del camino recto y juzgándose capaces de encontrar la paz por sus propias fuerzas?

Insaciables en sus deseos, en sus ambiciones, crean a veces

problemas insolubles, complicando la propia existencia, de la cual se creen ser los señores absolutos.

Pero, cuando la muerte, que juzgamos imparcial, siega o arrebatada la vida a los seres que más queremos, y que muchas veces se hallan surgiendo a la vida, es cuando sentimos que se nos hiela el corazón, que parece parar de latir para darnos tiempo para razonar un poquito, o, al menos, sobre la grandeza de Dios, sobre su poder, sobre su magnanimidad, sobre su prodigalidad, sobre toda su bondad, en fin.

¡Sí, queridos lectores! ¡Solamente quien lleva el corazón sangrando en el pecho, consigue hacer un alto para observar las Obras Divinas! Reconocerles su real valor, con la certidumbre de que si lo hubiera hecho en otras y otras encarnaciones, se hallaría exento de sufrir la presión del mal provocado por nuestros propios errores.

¡Hagamos un alto mientras haya tiempo!... ¡Volvamos nuestros ojos hacia el Cielo y contemplemos las maravillas Celestes! ¡Bajémoslos a la Tierra y observemos, desde el pequeñito insecto hasta el gigantesco mar!

Y, razonemos... razonemos juntos. ¡Dios es misericordioso! Nosotros somos los que necesitamos dar más valor a este mundo maravilloso, que es la Tierra, procurando no mancharla con nuestros actos impensados, con el fin de que no tengamos que volver aquí en expiación, y para que este Planeta sea lo más pronto posible, un verdadero lugar de paz y de alegría!

Es verdad que hemos mejorado de algún modo en nuestros sentimientos, si consideramos los tiempos primitivos de la Humanidad.

Con todo, nosotros los espiritistas podemos hacer mucho

más, si nos decidimos a poner en práctica las sabias enseñanzas de la doctrina que nos ilumina. Si conseguimos dar un real valor a los beneficios terrenales que hora tras hora, minuto tras minuto, se nos deparan, y si comprendemos la protección que nos dispensan los amigos de la Vida Mayor.

Desgraciadamente, la mayoría de nosotros, en la Humanidad, cuando algo bueno nos sucede, lo atribuimos a la suerte, al acaso; nunca a Dios y a los buenos bienhechores espirituales.

Yo misma, pese a toda mi fe y a mi gratitud para con el Padre Celestial, hay momentos en los que no sé dar el verdadero valor a las gracias que recibo. Es lo que me ha sucedido aún en estos días.

Véanlo: Desde que llegué aquí, estoy durmiendo plácidamente. Cosa que no me sucedía desde hace mucho tiempo, aún antes de haber desencarnado mis hijos. Parece que yo presentía lo que iba a suceder y no podía conciliar el sueño. Sólo dormía a base de barbitúricos y de otros tranquilizantes.

Después de su partida, el remedio tenía que ser cambiado cada quince días. Pero, en la primera noche que pasé aquí, logré dormir placenteramente.

Lo atribuí al clima, al ambiente. Estaba lejos de imaginar que estaba siendo tratada en el “Hospital Espiritual”.

No te admires, lector. Es eso mismo. Estoy siendo tratada en la misma “Casa de Salud” en que fueron recogidos mis hijos, cuando desencarnaron.

Hoy me fue revelado eso. Por la noche, antes de dormir, me desprendí y fui llevada hasta allí. Me acostaron en una cama. A mi lado, estaba una enfermera. A continuación, entró una

abnegada médica, profundamente simpática, cuya mirada irradiaba paz y serenidad.

Me miró bondadosamente, y dijo: “Cierre los ojos y duerma”. Un sueño profundo se apoderó de mí. Al despertar, no la vi más. A mi lado, estaba la enfermera, que se hallaba dictando los datos referentes a mí, para que alguien los anotara. Tal como se hace en la Tierra: la ficha del enfermo y las causas de la enfermedad encontrada.

Me viré hacia la enfermera, y le dije: “¡Qué Doctora tan extraordinaria! Allá en la Tierra, los médicos me dan muchos remedios, pero no consigo dormir. Aquí, apenas ella me lo ordenó con dulzura y, dormí tanto!”

Ella me contestó: “Realmente, ella es una hermana abnegada, y usted está siendo tratada aquí”.

Cuando me levanté para salir, cuál no sería mi sorpresa, al encontrarme con mi hijo Drausio, sentado ante el escritorio. Sí, era él quien estaba tomando las anotaciones que la enfermera dictaba a mi respecto.

Corrí a su encuentro. Lo abracé con cariño, y le pregunté de repente: “Drausio, ¿por qué demoré más tiempo en encontrarte, después de lo que sucedió? Primero me encontré con Diógenes”.

Él respondió: “Mamá, yo estaba internado aquí, en el Hospital, en la ‘Sección de Recuperación’ ”.

Lo comprendí todo. Su expresión, cuando desencarnó, era de profundo asombro y de terrible abatimiento. Lo besé y volví al cuerpo. Era ya de día.

Como se ve, somos muy ingratos para con Dios y para con los amigos espirituales.

¡Que Dios premie a los amigos de la Vida Mayor!

LA NOTICIA

9 de febrero de 1967.

Continúo en Santos. Ayer subí a San Pablo, para volver a visitar a mis familiares.

Al llegar allá, encontré un recado de la familia de Carlitos. Su señora madre estaba algo enferma y deseaba verme.

Por increíble que parezca, a pesar de todo mi sufrimiento, aún consigo esclarecer y confortar a los que son más débiles.

Hoy por la mañana, mientras oraba, escuché la voz de Drausio, que conversaba con alguien. Decía: “Papá continúa deseando venir con nosotros”.

En lugar de quedar pensando en las palabras que acababa de escuchar, comencé a recordar la visita que había hecho a los familiares de Carlitos. La imagen de Neide, su esposa, se me apareció nítida. La hallé fuerte, resistiendo su dolor con gran valor. Me recordé de su hijito, que tiene un año y dos meses de edad. Y al recordarlo tan nítidamente, pensaba: “¡Cómo se parece a su padre!” Me hallaba así, entretenida con el recuerdo de esos amigos, cuando oí la voz de Drausio nuevamente.

Él decía: “Neide no está aquí en Santos con mamá. Ella está en San Pablo. Mamá te está dando, sencillamente, noticias de la familia”.

Entonces comprendí, entonces, que estaba dando informes a Carlitos, de sus familiares.

Conforme pensaba, las imágenes que articulaba, aparecían fuera de mí, para que él pudiera “ver” la esposa, los hijos, su madre, y, a la vez, se enterara de la situación en que se encontraba su hogar.

Naturalmente, a su espíritu todavía no le es permitido visitar a sus familiares, debido a las dolorosas emociones que todavía no puede controlar, con las que perjudicaría a su esposa, que tanto necesita de fuerzas para criar a la pareja de hijitos que le dejó.

¡Qué abnegados son los hermanos de la Vida Mayor!

En aquel instante, me veía rodeada de luces. Señal evidente de que espíritus más evolucionados se hallaban allí cooperando con nosotros, para que yo consiguiera dar informaciones tan precisas al pobre Carlitos.

¡Gracias Te doy, Padre Celestial, por permitirme servir de instrumento, dando alivio al querido hermano!

EL DISCO

16 de febrero de 1967.

Al terminar de almorzar, me acosté para dormir la siesta. Como siempre, antes de mi reposo, elevo a Dios el pensamiento, pidiendo protección para mis hijos. Es un hábito que conservo, pues así lo hacía también mientras ellos estuvieron en la Tierra.

Ahora, más que nunca, necesitan de mis oraciones. Tan pronto como me concentré para orar, comencé a sentir fuertes fluidos en la cabeza.

Era como si un hilo eléctrico estuviera ligado a mi cerebro, irradiando un mensaje.

Sin razonar, comencé a conversar, en pensamiento, con nuestro hijo diciéndole: “Diógenes, puedes estar tranquilo, pues te estoy sintiendo”.

Inmediatamente, me desprendí y fui a la sala. Allí encontré a mi hijo muy feliz. Mirando hacia el suelo, me dijo: “Mamá, lea eso”.

Vi una rueda, semejante a un disco, en el centro del cual conseguí leer: “Su hijo tiene suerte”. Tuve la impresión de que aquel disco contenía el éxito que él viene alcanzando en la “Escuela Espiritual”. Él estaba poniendo en práctica alguna lección que aprendió en la Escuela, que hace posibles los medios de comunicarse con los encarnados.

Después de pensar todo eso, regresé al cuerpo. Me recordé que aquella expresión “tiene suerte”, le era muy peculiar. Hace tiempo que él viene intentando, por esos medios, darme noticias de sus éxitos.

En varias ocasiones, leí un papel en el que aparecían las palabras “Su hijo”, con su propia caligrafía.

Con la gracia de Dios, él debe estar progresando, pues siempre fue muy esforzado, de una férrea voluntad.

Sabiendo que su progreso me proporciona alegría, lucha para poder revelarme su situación en la Vida Espiritual.

¡Que Dios te bendiga, hijo!

LA CONFEDERACIÓN ESPIRITUAL

17 de febrero de 1967.

Ayer, como narré en el capítulo anterior, estuve con Diógenes, y hoy escuché la voz de Drausio.

Como el lector debe estar observando, Dios es bueno por demás con nosotros. Eso no quiere decir que Él me conceda un privilegio por encima de los demás hermanos terrenales, pues el Padre Celestial ama a sus hijos por igual. Nosotros somos los que nos diferenciamos por la fe y por la convicción en la vida de más allá del túmulo.

¿Cómo puede permitir Dios el reencuentro con sus seres queridos al materialista, si él cree que los que desencarnan desaparecen para siempre?

Tampoco al espiritualista que cree que el desencarnado fue a parar al fuego eterno o está en el cielo disfrutando de los goces celestes.

¿Y al espiritista que no se dedicó verdaderamente a la doctrina, que no procuró estudiar el Espiritismo?

El lector debe recordar, seguramente, que al comienzo de este libro dije que consideraba el Espiritismo como una Ciencia. Pues bien: si es una Ciencia, debe ser estudiada.

Si a las personas no preparadas les fuese dada la posibilidad de volver a ver a las que las precedieron en la

desencarnación, fatalmente no lo aceptarían. Probablemente tendrían que ser internados en los sanatorios por sus familiares, que no podrían comprender sus informaciones y los tildarían de locos o perturbados.

Como ven, los encuentros que vengo teniendo con mis hijos, además de la misericordiosa voluntad de Dios, demandan una serie de factores: el estudio, la comprensión, la dedicación a la doctrina y a la mediumnidad. Todo lo cual ha sido la razón de mi vida, durante veintitrés años de mi existencia.

¡No sabía que, dedicándome tanto al Espiritismo para servir al prójimo, me estaba preparando para poder vencer mi prueba como madre!

Como puede deducir el lector, la recompensa que Dios nos da, es siempre mucho mayor, en relación con nuestros esfuerzos. Creo que muchos, al leer este libro, habrán pensado: “¿Cómo a mí no me sucede esto? ¿Cómo no he vuelto a ver a los seres queridos que ya partieron?”

Y les respondo: “Estudiemos, dediquémonos a la verdad y lograremos siempre idénticos resultados”.

Como dejo dicho, hoy escuché la voz de mi querido Drausio.

Fue así: Desde que mis hijos desencarnaron, todos los días agradezco a Dios el que me los haya dado por hijos y pido que, como recompensa por las alegrías que me proporcionaron mientras estuvieron en la Tierra, puedan disfrutar de paz y de alegrías espirituales.

Hoy, Drausio me dio prueba de que mis ruegos están siendo atendidos.

Al despertarme, por la mañana, oí la voz de mi querido

hijo, que me decía: “Mamá, estoy muy contento. Hoy voy a participar en la Confederación Espiritual Panamericana. ¡Es una belleza! En esa Confederación, tomamos conocimiento del grado de evolución espiritual en que se encuentra cada uno de los países americanos”.

Su voz silenció... Quedé sorprendida, pues a pesar de haber leído muchos libros espiritistas, jamás tuve conocimiento de una Confederación de esa naturaleza.

De todos modos, agradezco al Padre Celestial, que mi hijo esté participando ya en reuniones tan importantes en el Espacio.

¡Que dios te bendiga, Drausio!

DIÓGENES INTENTA AUXILIARME

7 de marzo de 1967.

Mi querido Diógenes continúa esforzándose por darme alegría. Percibí que lucha para auxiliarme.

Hoy por la tarde, sentí algo parecido a lo que me sucedía antes de que se desarrollara mi mediumnidad. He observado que eso sucede a los médiums que todavía no educaron su facultad.

Fue lo siguiente: Durante la siesta, como me sentía muy cansada, acabé por dormir. Sí dormí tan profundamente, que después no conseguía despertar. De repente, vi a mi lado a nuestro hijo Diógenes. Él me dijo: “No, mamá. No regrese a su cuerpo todavía, porque ahí vienen dos personas que no conozco, y que dicen que saben la historia de Sergio”.

Inmediatamente entró una pareja de jóvenes y la muchacha me dijo: “Nosotros venimos a decirle lo que está sucediendo con Sergio. ¿Usted quiere saberlo?”

Más que de prisa, respondí: “¡Quiero!” Y desperté.

Aquí es necesario que aclare que mi sobrino Sergio, ya citado en este libro, no está bien de salud. Es un caso espiritual que me está preocupando mucho.

Desde el día en que mis hijos desencarnaron, él permanece muy perturbado. Estaba muy unido a Drausio. Iban a recibir el

diploma de ingeniero juntos. Tanto, que la graduación de él se desarrolló en un ambiente de mucha tristeza. Esa tristeza embargaba no solamente a Sergio, sino también a toda la familia.

Creo que Diógenes, teniendo conocimiento de mi preocupación por socorrer a su primo, viene haciendo todo lo posible por ayudarme, pero sus fuerzas no son suficientes.

Cálmate, querido hijo. Llegará el día en que podrás ayudarnos más intensamente. Dios siempre premia a quien se esfuerza, y tú has progresado mucho. ¡Confíemos y esperemos, hijo mío!

Como ven, queridos lectores, los espíritus también sufren y luchan con nosotros. Principalmente, aquellos a los cuales estamos unidos por afinidades espirituales, o que se unen a nosotros en el planeta Tierra. Como amigos que son, lo hacen todo para aminorar nuestros sentimientos, y cuando Dios no se lo permite, sufren con nosotros.

Como ya sabemos, no porque una persona desencarne se convierte en santo. La evolución se produce lentamente, y más se apresura, cuanto mayor sea la buena voluntad del espíritu en obedecer las leyes de Dios, ya estemos encarnados o desencarnados.

Por tanto, si los espíritus tienen conocimiento de nuestro sufrimiento, podemos imaginar lo que los haremos sufrir cuando al verlos partir hacia la espiritualidad, lloramos y nos desesperamos.

Si realmente los hemos amado en la Tierra, es justo que procuremos ayudarlos con paciencia y oraciones, haciendo todo lo posible por aceptar la separación momentánea.

Con nuestra desesperación y con nuestras lágrimas, no

podemos hacer que regresen; por el contrario, se desesperan al no poder probarnos que no murieron, que continúan vivos y que nos visitan, aunque no tengamos el poder de verlos.

Creo que quien se entrega a la desesperación, es egoísta. Que solamente piensa en sí mismo.

Olvida que aquel que partió, tiene que reintegrarse nuevamente en un ambiente del cual fue separado, a veces por largos años, mientras que los que quedan, continúan rodeados de los mismos amigos y familiares.

Por tanto, debemos esforzarnos por sustituir el sufrimiento por la fe.

Entonces, Dios nos enviará los Amigos de la Vida Mayor, que tratarán de traernos paz y que ayudarán al progreso de los que partieron.

LA ALIMENTACIÓN ESPIRITUAL

25 de marzo de 1967.

Viendo que la Pascua se acercaba, los recuerdos me tomaron por asalto y necesité orar mucho para que las lágrimas no me dominasen.

Me venía el recuerdo de la infancia de mis hijos y de la fiesta que hacíamos en la casa de campo, el sábado de Aleluya.

Ellos confeccionaban un gran muñeco, aprovechando algún pijama viejo del padre, algún zapato y hasta un sombrero. Resultaba un hombre perfecto.

Cuándo sonaba el mediodía, iban al árbol del cual pendía el muñeco, y tocaban latas, pitos, etc. ¡Hacían un ruido tremendo!

Eran muchas las criaturas que participaban en la fiesta; sus primos, los amiguitos y hasta los hijos de los empleados.

Mientras estaban destruyendo el muñeco, iba a esconder los huevos de Pascua en una mata. Después de la destrucción, ellos se ponían a buscarlos. Cada huevo ostentaba el nombre de aquel a quien pertenecía. Muchas veces, algún niño pequeño no encontraba el suyo y prorrumpía en llanto. Entonces, yo acudía en su socorro.

Así, el sábado de Aleluya era uno de los días más alegres para ellos.

El domingo de Pascua, toda la familia se reunía allí en la casa de campo, para almorzar juntos. Éramos casi cincuenta personas.

Como puede comprender el lector, una fiesta así tiene que producir nostalgia en el corazón de una madre.

Esos recuerdos amenazaban con hacerme perder las fuerzas, cuando fui nuevamente agraciada con un encuentro con mis hijos.

¡Fue un bálsamo para mi espíritu! ¡Las lágrimas se secaron como por encanto! ¡Lo había logrado! ¡Fui llevada nuevamente a la “Morada de los que Murieron Temprano!”

Sucedió así: Por la noche, me desprendí y sentí que subía, acompañada de un mensajero espiritual. Llegué a la puerta que ya he descrito. Entramos. A nuestro frente apareció una gran mesa muy bien puesta, a la que se hallaban sentados varios espíritus. Me senté entre ellos.

Diógenes estaba a mi izquierda y Drausio a mi frente, al otro lado de la mesa.

¡Había platos maravillosos! ¡Golosinas que yo nunca había visto! ¡Mis hijos se alimentaban con gran apetito!

Drausio insistió en que probase un poco de lo que él estaba comiendo. A pesar de la buena apariencia de los alimentos y del apetito que mis hijos denotaban, no pude comer nada. Por más que me esforzaba, no lo conseguí.

Tal vez los alimentos de los desencarnados no sirvan para los que todavía nos hallamos en la Tierra.

Mientras se alimentaban, pasó un bello muchacho próximo a Drausio. Mi hijo, comunicativo como siempre, lo llamó y le

ofreció alimentos. Él hizo un gesto de agradecimiento y se retiró.

Drausio, entonces, le dijo: “Perdóname, estos no son tus alimentos”.

Comprendí, entonces, que los espíritus se nutren de acuerdo con sus necesidades o de acuerdo con su grado evolutivo. Después de besar a mis hijos, regresé al cuerpo.

Confieso que me sentí avergonzada conmigo misma, por haber llorado.

Realmente, ¿qué representa una fiesta terrenal al lado de las alegrías eternas? Y mis hijos, ¡se veían tan felices! ¿Qué más puedo desear? ¡Hace tan poco tiempo que desencarnaron y ya se hallan amparados y protegidos con tanta seguridad!...

Y lo más sublime es que Dios me permitió ir a participar de su renovación en el Espacio.

Pensando así, pedí a Dios perdón por mi ingratitud y por mis lágrimas inútiles.

EL SUEÑO

10 de abril de 1967.

La Ciudad de Santos se halla bajo un torrencial aguacero. Ha llovido mucho, este año.

Ayer, mientras la lluvia rodaba por los vidrios de la enorme ventana, por la que contemplo las bellezas de las playas santistas, sentí que también mi rostro estaba mojado. Solamente entonces noté que estaba llorando. ¡Llorando, sí, lector! Llorando de nostalgia. Eran lágrimas puras. De esas que lavan el corazón y que no se parecen en nada al llanto de angustia y de rebeldía.

Me sentía dominada por un deseo inmenso de volver a ver a mis hijos. Sé que no debo pedir el volver a encontrarlos, ya que siempre que ha sucedido ha sido por la voluntad de Dios.

Jamás me atrevería a invocar los espíritus de mis hijos. Tengo la plena convicción de que si lo hiciera, los perjudicaría. Tal vez no estén preparados para tanto y, como me sucede a mí, deben sentir nostalgia. Por tanto, un pedido de esa naturaleza, sólo podría hacerlos sufrir.

Pensando así, por la noche, cuando me recogí, pedí a Dios que si era posible, me fuera permitido soñar con ellos.

Y nuestro Padre Celestial, como ya he dicho, pródigo por demás en misericordia, me concedió la gracia.

Soñé que vivíamos en una enorme casa, pero tan

carcomida, que no ofrecía la menor seguridad. No sabía cómo ponerlos a salvo de la intemperie y del asalto de los malhechores.

Mientras dormían, permanecía en vigilia. Ya cubriéndolos, ya poniendo algo detrás de las puertas y de las ventanas para que no se abriesen.

Hice uso de todo mi celo de madre extremosa.

Y en el sueño, pensaba. Ya sufrí mucho más que esto cuando ellos estaban vivos. Me acordé, entonces, de los tres primeros meses de la vida de Diógenes, cuando él lloró durante ese tiempo, día y noche, sin parar, inadaptado a la existencia terrestre, viéndome tan agotada, que por fin llorábamos los dos.

Me recordé, después, de Drausio, cuando tenía cinco años y, al frente de nuestra mesa llena, tenía anemia profunda por no comer, por más que insistíamos.

Fue tan grave su estado, que durante un mes pasé las noches casi sentada a su cabecera. A cierta altura de la noche, le bajaba la temperatura y era necesario despertarlo, darle sus medicamentos y jugar con él.

Otras veces, teníamos que llamar al médico en plena madrugada. Esos y otros detalles, venían a mi mente durante el sueño y pensaba: “Murieron porque había llegado su hora y no por falta de cuidados. ¡Conseguí hacer de ellos hombres fuertes, maravillosos!

Desperté un tanto contrariada, no por haber recordado los desvelos que sufrí por ellos, sino por no haber podido verlos directamente. Estaban durmiendo.

Volví a dormirme y nuevamente soñé.

Esta vez, yo estaba saliendo de la “Casa de Salud

Espiritual”, en la que, como ya dije, estoy recibiendo tratamiento.

Los encontré en la puerta, esperándome. ¡Me puse contentísima! Tan contenta, que no pude contenerme y corrí para besarlos.

Vi perfectamente el rostro de Drausio, pero cuando hice intención de tomarlo entre las manos para besarlo, él se apartó diciendo: “Mamá, ¡hoy no puede usted hacer eso!”

Tuve la impresión de que él tenía temor de producirme un choque, al no estar yo en condiciones mediúmnicas. Tal vez no pudiera sentirlo tan materializado como otras veces.

Después, me incliné hacia Diógenes, quien, como siempre, me pareció pequeño. Él se portó como una criatura cuando quiere engañar a alguien. Sonriendo, me dijo: “Mamá, usted no puede besarme, porque tengo un dolor aquí”. Y colocó su dedito sobre la nariz.

Desperté. Esta vez me sentí satisfecha, aunque no había podido besarlos. De todos modos, había saciado mi inmensa nostalgia.

Agradezco al Padre Celestial la oportunidad que me concedió de poder volver a verlos, aunque el sueño no sea una acción de desprendimiento.

Como puede ver el lector, para poder encontrarnos con los seres queridos que nos precedieron en la desencarnación, no es necesario ser médium.

Es necesario sí, siempre, tener fe positiva en Dios, con la plena aceptación de Su Santa Voluntad.

DRAUSIO VIENE A ALERTARME

6 de mayo de 1967.

Me encuentro en Araxá, una ciudad minera poseedora de una estancia hidromineral, cuyas aguas sulfurosas y radioactivas poseen propiedades curativas notables.

Es una de las innumerables riquezas brasileñas. Está situada en un lugar encantador. En uno de esos lugares que nos invitan a la pausa, a la meditación, a la observación de la naturaleza. ¡Obra inimitable del Divino Artista!

¡Qué pródigo fue Dios con nuestro Brasil! ¡Qué país tan rico en bellezas naturales! Con justa razón ha sido tan cantado por los grandes poetas, por los escritores y por los pintores, de cuyos pinceles han salido paneles tan bellos, tan irreales, que solamente quien tiene la oportunidad de contemplar de cerca tamaña grandiosidad, puede creer en la veracidad de sus cuadros.

¡Oh, una puesta de sol en las aguas de Araxá! ¿Y qué decir de una noche estrellada?

Aquí, la obra Divina es tan grandiosamente bella, que nos causa atonía.

Creo que hasta el incrédulo, el materialista, se ve precisado a buscar al “Gran Arquitecto”. ¡Se hace imposible dejar de creer en Dios, al contemplar la belleza que se descubre ante nuestros ojos, al rayar del día, cuando abrimos las ventanas de par en par!

Aún deleitándome con todas estas bellezas, me pasé el día de ayer orando. No me era posible olvidar el día 5 de mayo, en cuya fecha se cumplieron diez meses de la partida de mis hijos.

Tengo el corazón lleno de gratitud a Dios. Él es, como siempre he dicho, por demás misericordioso con nosotros. Me concedió nuevamente una gran gracia. Recibí la visita de mi idolatrado Drausio.

Sucedió así: Desperté por la madrugada. Cuando me iba a adormecer de nuevo, surgió inesperadamente dentro de mi habitación, mi Drausio.

Corrí hacia él y lo besé en las dos mejillas. Lucía alto, bello, más lindo de lo que era. En un ímpetu de amor maternal, lo tomé entre mis brazos.

A pesar de estar formado por completo, no sentí su peso. Observé que sus largas piernas, fuertes como eran, estaban todavía más bonitas. Tenían un tono dorado y brillante.

Con él en mi regazo, y apretándolo sobre mi pecho, pensaba: “Fue por eso que María Filomena consiguió tomarlo en sus brazos cuando desencarnó. ¡Él no pesaba nada!”

De repente, mi adorado hijo comenzó a hablar. Tenía un timbre de voz completamente diferente del que poseía cuando estaba encarnado. Era fuerte, grave, pausado; se asemejaba más a la voz de un hombre maduro y de experiencia, que viniera a aconsejarme.

Me dijo: “Mi querida madre, ¡vine para alertarte! ¡Para decirte que no te encuentras sola! ¡Que al partir yo, te dejé una hija!”

Llena de ansiedad, le pregunté: “¿Qué hija? ¿Quién es ella? ¿Dónde está?”

Él respondió: “¡No puedo decírtelo! ¡Tiene que salir de ti el recuerdo! Acuérdate de una de las sesiones espiritistas que realizamos en nuestra casa”.

Recurrí a la oración. Con una gran fe, comencé a orar: “¡Oh, Divino Maestro! ¡Ampárame en la jornada para que yo no desfallezca! ¡Dame valor! ¡Dame valor! ¡Dame fuerzas, y, sobre todo, ayúdame a recordar!”

Siempre con mi hijo en los brazos, continué en oración. Inesperadamente, partió de dentro de mí, un grito: ¡Cristina!... ¡Cristina!... ¡Cristina!...

Las lágrimas rodaron de mis ojos. Y aún estaba pronunciando el nombre de su novia Cristina, cuando regresé al cuerpo. Mi rostro se hallaba completamente mojado.

Sí, lector, estaba llorando. Llevados por el exceso de fe, también lloramos.

Solamente fue entonces, completamente despierta, que recordé que, en una de las últimas sesiones que realizamos en casa, uno de los mensajeros nos había dicho que Cristina habría de ayudarme mucho, pues teníamos que realizar una misión, juntas. En aquel momento, creíamos que sería médiumnicamente, pues ella está dotada de mediumnidad y la estaba desarrollando.

Recordé también, que aunque Cristina continúa dispensándome un cariño filial, me he apartado un poco de ella. Lo hacía así, creyendo ayudarla, puesto que cuando me ve, sufre mucho. Además creía que, lejos de mí, ella tendría más probabilidades de encontrar el “joven amigo y leal” del que el propio Drausio habla en su mensaje.

Pero veo que estoy equivocada. De no ser así, Drausio no vendría a alertarme.

Puedes estar seguro, querido hijo, de que Cristina será siempre considerada por mí como una hija.

Gracias Te doy, ¡oh Padre Celestial! Por tanta bendición recibida.

Como puede observar el lector, continúo acompañando la evolución espiritual de mis hijos, en el espacio. Este es ya un trabajo de mi hijo Drausio. No es en vano que agradezco a Dios continuamente las bendiciones con que vengo siendo agraciada. Estoy recogiendo los frutos de las semillas que sembré con la fe. Que Jesús nos ampare siempre.

LA VISITA

6 de junio de 1967.

Hoy recibí la visita de un amigo desencarnado hace cuatro años.

Era italiano. Muy bueno y muy sentimental. Desencarnó del corazón. No pudo soportar el disgusto que le dio su única hija.

Por el modo en que se presentó, no parece estar todavía muy esclarecido ni muy conforme con su partida brusca. Tuve la impresión de que lo trajeron hasta mí, para que viese cómo acepté la voluntad de Dios, y también para confortarme, pues vino a hablarme de mis hijos.

Sucedió así: Ayer pasé casi todo el día en oración. Hizo once meses que ellos partieron hacia la espiritualidad. Confieso que estaba ansiosa por saber cómo lo estaban pasando.

Por la madrugada, entró en casa el espíritu del Sr. Mino, nuestro amigo desencarnado.

Me fue diciendo que obtuvo permiso para hacerme una visita.

Aunque tenía buena fisonomía, parecía desanimado. Sabía que se trataba de un hermano desencarnado, pero lo traté como si estuviera en la Tierra.

Le pedí que se sentase. Él lo hizo, y luego comenzó a hablar: “¡Qué desgracia, Doña Zilda! ¿Vio usted lo que sucedió? Dejé a Conchetta bruscamente”. Conchetta era su esposa.

Yo le contesté: “Así mismo es, señor Mino. Hoy se está en la Tierra y luego en la vida espiritual. Todos pasamos por eso. Usted vivió más de sesenta años. Debe conformarse. La separación es momentánea”.

Observé que él estaba admirado al ver que lo confortaba. Continuando, le dije: “¿Sabe que también yo perdí a miembros de mi familia?”

Él me respondió: “Lo sé. Es por eso que vine a visitarla”.

Entonces, le pregunté: “¿Lo sabe? ¿Quién se lo dijo?”

Él contestó: “Diógenes”.

Volví a preguntarle: “¿Él solo?”

Muy emocionado, me abrazó diciendo: “También Drausio. Pero no se ponga triste, pues ellos están muy bien. Está teniendo éxito en la televisión”.

Interrogué: “¿Televisión?”

Y contestó: “Sí. Voy a casa, mando a Conchetta que haga funcionar la televisión, pero nunca acierta con el canal. Yo quería que ella viera también a sus hijos”.

Tuve que esforzarme para no reír. Volví de regreso al cuerpo. Solamente entonces comprendí lo que él quería decir.

Pienso que mis hijos están sirviendo de ejemplo a los hermanos menos esclarecidos que no consiguen conformarse con la separación momentánea.

Deben pasar las imágenes de ellos, enseñando cómo reaccionarían en una fase tan difícil.

Ese amigo, seguramente, ve esas imágenes. Pero demuestra que está poco esclarecido, al insistir con su esposa que sintonice el canal en el que trabajan mis hijos. ¡Como si eso fuera posible!

Como puede comprenderse, no es fácil para un espíritu estar completamente aclarado después de la muerte. Mucho más cuando él no consigue aceptar su desencarnación.

¡Pobre Conchetta! Él continúa adherido a ella como si se hallara todavía encarnado.

EN PLENA PAZ

18 de junio de 1967.

Como el lector debe haber observado, acepté mi prueba con toda la humildad de mi espíritu. A pesar de no haber llorado nunca con rebeldía, derramé muchas lágrimas de nostalgia.

Deseando confortar al hermano desencarnado que hasta ahora no se ha conformado por haberse separado de su esposa momentáneamente, acabé siendo confortada.

Comprendí que mis hijos habían partido, y que yo quedaba en la Tierra para acabar de cumplir mi misión, sirviendo de ejemplo a hermanos menos esclarecidos, como me ha sucedido.

Y a mis hijos les debe estar sucediendo lo mismo, según pude deducir de la visita recibida.

Hoy por la mañana, reflexioné mucho para ver si descubría el porqué de esa paz que me invadió. ¿Por qué será que ya no lloro?

Pensaba así: ¿Será que me siento en paz por haber conseguido aliviar a otros hermanos desesperados? ¿Será el premio a mi sumisión a las leyes Divinas?

Reflexionando así, comencé mi oración matinal. Cuando ya me sentía envuelta por la fe, en plena oración, he ahí que surge a mi frente (espiritualmente), un trecho del mensaje enviado por mi Drausio, que el lector leyó ya en las páginas

anteriores: “¿No será una bendición cumplir las leyes de Dios? Estemos pues, conformes”.

Tuve la impresión de que esa frase me había sido leída innumerables veces, para que mi espíritu aceptase finalmente el consejo de mi idolatrado hijo, que más de una vez me vino a amparar.

Realmente, fue muy grande el premio que recibí como recompensa de mi fe y de mi humildad.

Me siento hasta feliz.

Por las personas que a mí se acercan y a las cuales transmito la fe y la esperanza, veo que mi sufrimiento no fue en vano.

¡Te lo agradezco, Padre Celestial!

UN VALIOSO TRABAJO DE DRAUSIO

2 de agosto de 1967.

Hoy partió para la espiritualidad mi adorado padrecito. Una separación más, momentánea, que me ocasiona mucho dolor.

Fue un padre perfecto. Esposo ejemplar, hombre profundamente honesto, humano, amigo de los pobres. Todos los empleados que venían a verlo por última vez, lloraban.

Tuvo una vida de lucha y trabajo. A muy corta edad, perdió a su madre, la abuela Luisa que más tarde vine a saber que era la protectora de mi adorado Diógenes.

Mi padre, después de sufrir mucho a manos de su madrastra, fue entregado a sus padrinos.

A los trece años, ya vivía solito en la gran Capital de San Pablo.

Trabajaba, y con el dinero que ganaba, pagaba la pensión y la escuela. Estudiaba arquitectura. Cuando ya estaba muy adelantado en sus estudios, fue a pasear a Avaré, su ciudad natal, localizada en el interior de San Pablo.

Allá conoció a mamá, y cambió los estudios por el amor. Se casó. Él tenía diecinueve años y ella diecisiete. Fue el matrimonio más perfecto que vi en esta Tierra. Tuvieron seis hijos. Con el sudor de su trabajo, los educaron a todos, dejando, además, una pequeña herencia a cada uno.

Era tan esclarecido, que lo previno todo antes de su partida, no dándonos el menor trabajo. Repartió sus bienes entre los hijos, con derecho a usufructo para mamá.

Construyó su túmulo, mucho antes de su muerte, al que puso su nombre: “Familia Orlando Giunchetti”. El dinero que economizaba, lo dejó a nombre de mamá, para que pudiera atender a todos los gastos ocasionados después de su muerte.

A pesar de ser muy feliz con mamá durante cincuenta y seis años de matrimonio, y de tener a todos los hijos muy unidos y cariñosos entre sí, sabía, como buen espiritista que era, que su hora se estaba acercando. Por eso lo preparó todo. Desencarnó víctima del corazón. Y como un gran hombre que era, aun enfermo desde hacía tres años, no guardó cama. Sufría con la dificultad que tenía para respirar. Fue de paseo a Campinas, y falleció allí. Falleció como yo siempre le había dicho a todos: “De pie, mostrando siempre su valor y la falta de temor a la muerte, ¡como todo espírita convencido!

El día anterior a la partida de papá, recibí la visita de Drausio.

Vea, lector, cómo mi hijo está trabajando ya.

Sucedió así: Por la madrugada, cuando comencé a despertar, oí voces en la puerta de mi habitación. Antes de regresar al cuerpo, le decía espiritualmente a mi esposo, que dormía a mi lado: “Vete a ver lo que sucedió, Drausio está aquí”. Repetí eso innumerables veces, pero él no me oyó. Quedé nerviosa. Repentinamente, Drausio entró tomándome por los brazos, y me dijo con ternura: “¡Calma, mamá! Vine a traerle calma. Usted va a necesitar estar en calma”.

Le respondí con esta pregunta: “¿Quién está allá afuera? ¿Vinieron a traer noticias del abuelo? ¿Él desencarnó?”

Mi hijo, procurando calmarme, dijo: “Todavía no. Vine para proporcionarle calma y atender al pedido de Carlos Alberto”.

Volví a preguntar: “¿Quién es Carlos Alberto? No conozco a nadie con ese nombre”.

A lo que él respondió: “La mamá de él vendrá hoy aquí”.

Desperté por completo. Como siempre, oré por mis hijos.

Antes de dormirme nuevamente, me desprendí y fui hasta la casa de Nena. La misma hermana a la cual voy siempre en espíritu, a contarle mis comunicaciones con mis hijos.

Al llegar allí, me encontré con mamá y con Nena, en el jardín, bajo una mata de mangos.

Nena vino a mi encuentro. La abracé y le conté mi encuentro con Drausio. Al final de la narración, le dije: “A pesar de haber visto a mi querido hijo Drausio, estoy muy triste porque hace tiempo que no veo a Diógenes”.

Mientras hablaba así, puse mi atención en mamá, que conversaba con una criatura que se hallaba subida al árbol. Ella le decía; “Desciende Diogenito, mi bien, pues te vas a caer y a lastimarte”.

Así era como ella llamaba siempre a mi hijo, cuando se hallaba encarnado: Diogenito.

Lo tomó en sus brazos y me lo entregó. Lo besé numerosas veces. Regresé al cuerpo, después, dormí tranquila. Al fin, había visto a mi querido hijo Diógenes.

Por la tarde, ya había olvidado lo que había sucedido, cuando fui visitada por una señora que hace tres años perdió un hijo, y desgraciadamente, hasta hoy no se conformó. Estuvo

internada en el hospital varias veces. Se rebeló hasta contra Dios, aun habiendo muerto su hijo de una enfermedad, cercado de todos los cuidados.

En medio de nuestra conversación, ella me confesó que si no fuera por el estado de abatimiento moral, en que debía hallarme por la pérdida de mis hijos, me pediría que la ayudara.

Incontinente, le expliqué que solamente podría ayudarla por mediación de una oración.

Aceptó. Acostumbro a orar en voz alta, con palabras que me salen espontáneamente del corazón. Cuando ya estaba en oración, le pregunté: “¿Cómo se llamaba su hijo?”

Ella respondió: “Carlos Alberto”.

Como se ve, en esta labor cooperó Drausio.

Al día siguiente, falleció papá.

A pesar de amarlo con todo mi amor filial, me mantuve en calma, auxiliando además a los otros familiares menos esclarecidos.

¡Que Dios te lo pague, Drausio! Tú me trajiste esa calma.

¡Loado sea Dios!

ELLOS VIENEN A VISITARME

28 de agosto de 1967.

Hoy conversé con mis hijos, pero de un modo muy diferente. Hasta original.

Fue así: Eran las diez de la noche. Había regresado del Centro Espírita, en el que trabajo desde que mis hijos partieron para la espiritualidad. Era una noche de luna. El cielo estaba lleno de estrellas. Mirando esa maravilla, sentí nostalgia por mis hijos. Mentalmente, me pregunté a mí misma: “¿Dónde estarán mis queridos hijos a esta hora?” No sabía que se hallaban a mi lado.

Entré en la casa llena de nostalgia. Fui al cuarto de vestir de ellos y cogiendo la fotografía de Drausio que se hallaba en el guardarropa, la besé y dije: “¡Que Dios te bendiga, hijo mío!”

La lámpara que se hallaba sobre el guardarropa, hizo “TAN”, bien fuerte.

Me dirigí al guardarropa de Diógenes y procedí del mismo modo.

Al besar su fotografía y decir: “Que Dios te bendiga, hijo mío”, la lámpara sonó también “TAN”.

Entonces, mentalmente, pregunté: “¿Estás ahí, Drausio?” La lámpara respondió “Tan” nuevamente, y fuerte.

Después, pregunté: “¿Eres tú, Diógenes?” La lámpara respondió “Tan”, débilmente.

Percibí que podía conversar con ellos mentalmente, y comencé: “Drausio, hijo mío, ora mucho para que te olvides de Cristina como novia. Recuérdala como una hermana que necesita de tu auxilio”.

La lámpara contestó tres veces: “Tan, tan, tan...” El sonido era fuerte, como si quisiera demostrar, con ello, que había escuchado mi consejo.

Después, me dirigí a Diógenes; “Y tú, Diógenes, necesitas progresar, hijo mío. Ora, ora mucho. Acuérdate de las oraciones que te enseñé”.

La lámpara respondió: “Tan, tan, tan...” varias veces y siempre con sonido fino.

Quedé tan entusiasmada, que fui a buscar a mi esposo con la esperanza de poder probarle la existencia del espíritu.

Regresando a la habitación, me puse a orar para que fuera permitido que ellos pudieran darle esa prueba a su padre. Desgraciadamente, no volví a notar sonido alguno.

Como se ve, no podemos imponer nuestra creencia a nadie. Ella tiene que nacer por sí, y en la hora oportuna.

Este medio de conversar por la lámpara, se ha repetido con frecuencia. Es suficiente que vaya a la habitación de ellos a leer *El Evangelio según el Espiritismo*, para que surjan las señales en la lámpara. No los llamo. Solamente hago la lectura del libro. Tampoco repito eso todos los días, sólo lo hago cuando mi corazón lo necesita. No quiero perjudicar su evolución, reteniéndolos en el hogar.

Las señales de la lámpara han sido dadas en presencia de distintas personas, incluso hallándose presentes materialistas.

MI TRIUNFO

1 de octubre de 1967.

Gracias a Dios, triunfé sobre mi esposo.

Conseguí probarle que nuestros hijos viven todavía, y que “las cenizas del túmulo cubrían solamente la vestimenta destrozada que ya no les servía para nada”, tal como dice el mensaje de Drausio, psicografiado por Francisco Cândido Xavier.

Desde que comencé este libro, vengo pidiendo a Dios que me conceda la gracia de que mi esposo se convenza de las cosas espirituales. Sé que ello será el único medio de hacerle aceptar la prueba. Pero, ¿cómo probar a un materialista que el Espíritu sigue viviendo? Solamente con algo material. Con alguna cosa que sus sentidos materiales puedan percibir, libre de la duda del fraude.

Hoy, gracias a Dios, lo conseguí.

Pasamos el día en la “Casa Transitoria”(*) de San Pablo,

(*) En abril de 1966, mi esposa y yo tuvimos la oportunidad de visitar la “Casa Transitoria”. Está construida en una inmensa área de terreno, y consta de una gran cantidad de edificios diseminados por la misma: Salón de actos, gran comedor, grande y moderna cocina, moderna panadería (el horno eléctrico costó veinticinco mil dólares, y fue donado por un gran industrial panadero, de San Pablo), viviendas separadas para hombres, mujeres, niñas y niños, salón de belleza para mujeres, barbería para hombres, talleres de costura, zapatería, carpintería, etc., etc., así como una moderna lavandería mecánica. Fui honrado para que hiciera uso de la palabra, en un gran acto, al lado de su Presidente el Sr. Gonçalves, aquí citado. Además de la gran cantidad de hombres, mujeres y niños hospedados en forma permanente, puede albergarse allí transitoriamente, (de aquí su nombre) cualquier transeúnte, gratuitamente, y por varios días, sin importar cuál sea su creencia religiosa. (*Nota del traductor*).

en compañía de muchos amigos espiritistas, incluyendo al Sr. Gonçalves, que es el Presidente de la Casa.

Después de una oración, nuestro amigo Gonçalves conversó largamente con mi esposo. La conversación fue una repetición de lo que él había escuchado de otros compañeros. A pesar de ello, solamente ahora tuvo “oídos para oír”. Creo que llegó la hora de su despertar, pues noté que mi esposo salió de allí, hecho otro hombre.

Al llegar a casa, sentí que la lámpara sonaba en la habitación de mis hijos. Era como si me estuvieran llamando para decirme que habían pasado el domingo con nosotros.

Juzgué que el momento era propicio para obtener la prueba tan deseada.

Oré con todo el fervor de mi alma, para que Dios diera a mis hijos el permiso de contestar por la lámpara, ante su padre.

Llamé a mi esposo y pregunté en voz alta: “Drausio, ¿estás ahí?” La lámpara sonó “TAN”. El sonido era fuerte, como ya lo he descrito. Después, pregunté:

“Y tú, Diógenes, ¿lo estás también?” La lámpara sonó nuevamente “TAN”. El sonido fue más débil.

Mi esposo quedó boquiabierto. No podía creer lo que estaba oyendo. “Entonces, ¿mis hijos están vivos?”, preguntó.

¡Gracias infinitas te doy, oh Padre Celestial!

Concede a todos los lectores que me concedieron el honor de leer este libro, Tu Santa Protección.

ADEMARCITO SE MANIFIESTA

18 de octubre de 1967.

Confieso, lector, que estaba terminando la primera edición de este libro un tanto triste, porque no contenía nada sobre Ademarcito. Llegué hasta pedir a Dios que permitiera que él se manifestara. Ya se habían acabado mis esperanzas cuando obtuve esa gracia. Escuché su voz.

Sucedió así:

Después de haber almorzado, me acosté para dormir la siesta. Repentinamente, oí a Ademarcito diciendo: “Buenas tardes, Doña Zilda. ¿Cómo está usted? Soy Ademar”.

Después, como si hablara con otro espíritu que se hallaba a su lado, dijo: “Es la mamá de mi amigo Diógenes. Eran dos hermanos y partieron juntos. Ella es su madre. Observa cuán calmada está”.

Tuve la impresión de que él había traído a alguien que pasó por igual prueba a la mía, para que yo le pudiera servir de ejemplo.

Que Dios te bendiga, Ademarcito.

A ti, lector, mi enorme agradecimiento por la atención que le estás prestando a este libro. Espero que su lectura te haya proporcionado algún bien, como lo ha traído al pobre a quien el dinero de la compra del mismo ha favorecido.

LA AUTORA



ADEMAR RIBEIRO DA LUZ
(Ademarzinho)

UN TRABAJO MATERIAL

Como prueba de la evolución espiritual alcanzada por mis hijos, quiero referirme aquí a un trabajo hecho por ellos cuando todavía se hallaban encarnados.

Primeramente, la composición “Mi Madre”, hecha por Drausio cuando cursaba el 3° año primario en el “Grupo Escolar Barón de Mello”, del cual pasó al Makenzie en el 5° año primario, cursando en el mismo el Bachillerato Científico y la carrera de Ingeniería.

Cuando Drausio hizo ese trabajo, tenía nueve años de edad, incompletos.

Composición “MI MADRE”.

“Mi madre es alta y de gordura regular. Tiene ojos castaños oscuros, boca regular, labios gruesos y nariz afilada.

“Los cabellos son castaños oscuros, casi negros, crespos y ondulados.

“Es de temperamento alegre, bondadosa y enérgica. Tiene buenas cualidades. Es trabajadora, pues vive cuidando de sus hijos. Ordenada, pues enseña a poner las cosas siempre en su lugar; económica, amiga de todos.

“Es valerosa, inteligente, tolerante y culta, porque es profesora.

“Mi madre es mi amiga. Le debo mi salud, mi educación y muchas otras cosas.

“Mi madre se llama: Zilda Giunchetti Rosín”.

* * *

Ahora, una respuesta que Diógenes dio en una sabatina, en el “Colegio Makenzie”, cuya respuesta, desgraciadamente, no fue comprendida por el profesor, por lo que le valió la pérdida de 2.5 puntos, pues en lugar de 10, que habría ganado si la respuesta fuera aceptada, obtuvo solamente 7.5.

La pregunta era:

“¿Por qué la Ciencia no puede dar una definición absoluta de la vida?”

La respuesta fue:

“Porque la vida no es exclusivamente material. Por tanto, la Ciencia que no entra en la parte espiritual, no puede definir acertadamente la vida”.

* * *

Nótese que Diógenes solamente conoció el Espiritismo seis meses antes de partir hacia la espiritualidad.

MENSAJE DE DIÓGENES

Llegaron a mis manos diversos mensajes dictados por nuestros hijos Drausio y Diógenes, a la médium María Santos Silva, señora conceptuada en nuestra sociedad, digna de todo crédito.

Digo mensajes dictados, porque esa médium ve a mis hijos antes de comenzar a oír sus voces.

Voy a transcribir algunos párrafos de esos mensajes, que coinciden con el maravilloso mensaje psicografiado por Francisco Cândido Xavier.

Transcribiré íntegro, el que dictó Diógenes, aconsejando a una amiga.

Las palabras que siguen, fueron dichas por Diógenes un mes después de su desencarnación:

“No es fácil explicar la situación en que se encuentra alguien que, sin esperarlo, llega a un lugar aparentemente extraño.

“Oí hablar de todo esto que yo estoy comenzando a entrever, pero debo decir, con toda franqueza, que jamás pensé que mi estancia en la Tierra terminase tan pronto.

“No se puede negar que la vida continúa aquí.

“Yo sentí el brusco golpe de la separación. Fue rudo. No puedo llorar, porque tuve mucha protección de mi madre Zilda. Sus oraciones me ayudaron. Creo que todo cuanto ella está sufriendo con tanta grandeza de alma, me dio a mí gran valor.

“La lección que ella está dando en la Tierra, es mucho mayor de lo que todos puedan imaginar.

“Las oraciones de los ángeles terrestres, nos hacen mucho bien.

“Agradezco a todos los corazones amigos que oran por mí.

“Aún tengo dudas sobre algunos puntos. Cuando haya completado mis estudios espirituales, quedaré agradecido a mis orientadores y seré feliz”.

Diógenes y Drausio, en otro mensaje, dicen:

“No son solamente las nostalgias las que nos hacen rondar por ahí, sino también todos aquellos que ahí quedaron y que sentimos deseos de ver, volver a ver, y oír todo cuanto se refiere a los suyos.

“Feliz de aquel que practica el bien y la caridad. Sigue conducta cierta.

“Quien ve ahí a mamá, pálida, blanca como la cera, puede imaginarla como una autómatas sin corazón, pero para nuestros espíritus es una santa. ¿Se puede uno imaginar a alguien con mayor arranque de corazón, que ella? Sería como arrancar del pecho el corazón para ver si sangra”.

* * *

Diógenes, aconsejando a una amiga.

Mensaje recibido el día 5 de septiembre de 1966, por la médium señora María Santos Silva:

“La juventud está cubierta de sueños. Con ella se tiene risa y alegría.

“Las pequeñas riñas o tristezas, que empañan el brillo de dieciséis primaveras, son simples cabezas de alfileres, cosas insignificantes que cada uno en su adelantamiento, en estudios y en mentalidad, debe y puede abolir.

“Yo, que tantas veces estuve en situaciones idénticas, puedo pedir más meditación en los hechos que me suceden, y más calma en el modo de pensar. Por tanto, dispón de la masa del cerebro, como ahí se dice.

“Calma, mucha calma. La prudencia siempre fue hija de la gente buena, y tú, mi flor, lo eres.

“Ten por hogar un santuario; ten por padre un protector; ten por madre una guía y ten por hermano un ser de corazón grande, un pequeño consejero.

“Cultiva bien todo, y haz un ramo de flores para ofrecerlo por la noche a tu Ángel de la Guarda.

“Deseo a todos los que te son queridos, buenos sueños y paz en sus espíritus. Hoy es un día. Mañana será otro, y no te sientas mal, si con lo poco que aquí me cabe hacer, te pido tolerancia y comprensión. La inteligencia que Dios te dio, es para que la uses bien y no para dañarla.

“Como no todos los sueños son flores, tampoco no todas las espinas hacen sangrar. Existen los que quedan en el camino; y quien tiene cráneo usa la razón para evitar que una cosa minúscula afecte el organismo, los estudios, las ideas y todo lo demás.

“En el confortamiento de los tuyos, yo, que ya no estoy entre los míos, agradezco tus oraciones.

“Un amigo que se pone a tu disposición.

DIÓGENES”.

DRAUSIO CONTINÚA TRABAJANDO

25 de febrero de 1968.

Me encuentro en Santos.

Continúo viendo a mis hijos, aunque en tiempos más espaciados.

Hoy estuve con Diógenes y con papá. Fue por la madrugada.

Había despertado, y cuando me volví a dormir, me vi en una habitación donde Diógenes reposaba en una cama y papá en otra.

Llegué despacio como hacía en la Tierra cuando mi hijo dormía. Lo besé y acerqué el cobertor a su rostro.

Después le pregunté a papá: “¿Usted está bien?”

Él me respondió: “¡Gracias a Dios, hija mía! Estoy contento porque fui readmitido en la “Mansión” a que pertenezco”.

Regresé al cuerpo.

Cuando quedé dormida otra vez, nuevamente me desprendí, y vi, en una puerta, a Diógenes y a papá, otra vez.

Papá estaba fuerte, grueso, con la apariencia que tenía a los cincuenta años, poco más o menos. Cuando desencarnó, tenía setenta y seis.

Me besó sonriendo y dijo: “Vete, estoy bien, ¿no es así?”

Correspondiendo a su cariño, le dije que, en efecto, estaba muy bien.

Después, me volví hacia Diógenes, que como siempre aparece sonriente y pequeño, y le pregunté: “Hijo, ¿dónde está Drausio? Me siento muy nostálgica por él”.

Respondió: “Mamá, trate de localizar la casa del tío José, en Avaré. Él está allá”.

Muy asustada, le interrogué de nuevo: “¿En casa del tío José? ¿Qué hace allí?”

Él dijo: “Drausio era muy amigo de Ricardo cuando regresó a la Tierra en la última encarnación”.

Ricardo era hijo del tío José, y hace muchos años que desencarnó ahogado en Avaré, ciudad del Estado de San Pablo.

Días después fui a San Pablo y le narré lo sucedido a mi familia. Quería saber si de hecho, estaba sucediendo algo en la casa del tío José.

Entre los familiares que oyeron mi narración, se encontraba la tía Angelina, que no es espiritista.

Ella quedó muy admirada, y dijo que, realmente, el tío José había tenido que ser muy auxiliado.

¡Loado sea Dios! Que Él pueda permitir a mis hijos que continúen probando la inmortalidad del alma y trabajando por el prójimo.

PREOCUPADA

26 de marzo de 1968.

Hoy estuve con mis hijos.

A pesar de haber vencido mis nostalgias, quedé bastante preocupada con ese encuentro.

Veo que necesito continuar orando por ellos, especialmente por Diógenes.

Aun hallándome preocupada, agradezco al Padre Celestial que me permita ayudarlos, aunque se hallen ya en la vida espiritual y no en la Tierra.

¡Es una gracia muy grande que la madre pueda continuar amparando a sus hijos, aún después de haber desencarnado!

Procurando ampararlos, me hallo, a mi vez, amparada.

La gratitud que siento en mi alma, es la que me da fuerzas para vivir.

El encuentro sucedió así:

Pasé gran parte de la noche esclareciendo a espíritus necesitados, unas veces oyendo y otra viendo. Atribuyo el hecho de este adoctrinamiento, a que una señora vino a pedirme que le ayudase. Realmente, se halla en una gran aflicción.

A las cuatro de la madrugada, cuando finalmente iba a reposar, me desprendí y fui a parar a una habitación.

Allí estaban mis hijos, uno en cada lecho, reposando, con los ojos bien abiertos.

Diógenes se levantó apresuradamente, y se abrazó a mi cuello. Lo abracé y lo besé repetidas veces. Las lágrimas de emoción corrían por mi faz.

Después, Drausio hizo lo mismo.

Después de besarlo mucho, también, le pregunté: “¿Cómo te va en la vida espiritual, hijo mío? ¿Estás bien?”

Él respondió: “Estoy relativamente bien, pero él no”. Y señaló al hermano.

Preocupada, pregunté: “¿Qué está sucediendo?”

Drausio respondió: “Él está todavía nervioso, como le sucedía en nuestra casa. Ahora examina el cuerpo y ve que ciertos órganos no están desarrollados como lo estaban cuando se encontraba en la carne, y no se conforma. Hasta llega a llorar”.

Regresé al cuerpo. Ya podrá el lector imaginar cuánto he sufrido por eso. Pero voy a actuar como en las demás veces. Ayudarlo con oraciones, con la certeza de que dentro de poco tiempo, volveré a tener otro encuentro con ellos y podré comprobar el valor de mi fe.

Creo que solamente ahora está percibiendo Diógenes que no es aquel muchacho alto.

¡Que Dios te dé fuerzas para aceptar la verdad, hijo mío!

DIÓGENES LLORA

2 de abril de 1968.

Estuve nuevamente con Diógenes y continuó preocupadísima. Lo encontré llorando.

Hoy por la madrugada, me desprendí y fui a una sala, en la que me encontré con Diógenes, pequeño como siempre, rodando por el suelo y llorando. Tal como hacen las criaturas.

¡Me afligí mucho! Lo tomé en los brazos y le pregunté: “¿Qué te sucede, hijo mío? ¿Qué te hace sufrir?”

Me abrazó sollozando, y contestó: “Me hace falta Drausio”.

Comprendí que no estaban siempre juntos. Que Drausio está en otro plano por ser un espíritu más elevado y desarrollado.

Con mucho cariño, procuré confortarlo, diciéndole: “Hijo mío, piensa en el valor de mamá, que no sólo echa de menos a Drausio, sino también a ti. ¡Quedé solita, hijo! Sola con mi enorme fe, y estoy venciendo. Piensa en Dios, y mejorarás. Ora como te enseñé. Luego, vendrá Drausio”.

Volví al cuerpo. Pero pasé un día difícil. Mientras no sepa que mi hijo mejora, no me sosegaré.

Pero, creo en Dios, y sé que conseguiré ayudarlo.

Por la mañana, Odorica confirmó mi encuentro con Diógenes. Me dijo que había soñado con él y que lo había visto llorando.

SOCORRIENDO

20 de abril de 1968.

Ayer, regresé a Uberaba.

Como el lector podrá deducir, fui una vez más a encontrar socorro en compañía de Francisco Cândido Xavier, nuestro querido “Chico”.

Conté allí lo que me estaba sucediendo con Diógenes, pidiendo, no solamente a él, sino a todos los compañeros, que nos ayudasen con sus oraciones.

Sé que la mejoría de mi hijo depende más de él que de nosotros. Pero, sé también que las oraciones sinceras pueden ayudarlo para que comprenda y acepte su nueva situación como una criatura.

Como el lector debe estar recordando, él era ya un mozo. Con dieciséis años, medía ya un metro y ochenta centímetros.

Sus pensamientos, no coinciden con su edad espiritual.

Como ya escribí en páginas anteriores, después de la muerte continuamos teniendo los mismos gustos y ambiciones que sentíamos en la Tierra.

No es fácil que podamos ajustarnos de repente a ciertas situaciones.

Aun habiendo cumplido mi hijo fielmente con sus deberes

en la Tierra, aprovechando bien su encarnación, su edad en el Espacio es de once años.

Con la Gracia de Dios, el efecto de las oraciones ya se hizo sentir.

Estuve con Diógenes esta mañana, y ya no está llorando, aunque no esté tan alegre como me parecía antes.

Sucedió así:

Cerré los ojos para orar y me desprendí: Fui a parar a la misma sala en la que anteriormente había encontrado a Diógenes llorando.

Pero esta vez, no lloraba. Estaba sentado. Corrí hacia él. Lo tomé en mis brazos y lo besé con cariño. Sentí la suavidad de su piel infantil, a pesar de que cuando desencarnó ya tenía barba.

Noté que otro espíritu observaba, admirando, mi transbordante cariño.

Después, le pregunté: “¿Ya no lloras más, hijo?”

Hizo una señal con la cabeza, diciendo que no.

Entonces, le hablé nuevamente: “No llores. Si tú lloras, yo también lloraré. ¿Tú quieres que yo lllore, Diógenes?”

Me abrazó con fuerza, diciendo: “¡No, mamá! Voy a tener valor.

Iba a cambiar de ropa, y yo quise ayudarlo a vestirse.

Entonces, me dijo: “No, mamá. Yo me visto solo. Ahora tengo que hacer mis cosas sin la ayuda de nadie”.

Abrazándolo, le dije: “Sí, hijo. Es necesario trabajar para progresar”.

Regresé al cuerpo. Me siento más confortada, porque veo que Diógenes está mejorando.

¡Gracias te doy, Padre Celestial!

DIÓGENES ESTÁ NUEVAMENTE ALEGRE

6 de mayo de 1968.

Ayer hizo un año y diez meses que mis hijos partieron para la vida espiritual. Continúo orando por ellos. Principalmente, por Diógenes, quien, Gracias a Dios, ya no sufre.

Hoy estuve con él y parece que ya se conformó con la situación, es decir, con sus doce años. Fue lo que deduje de nuestro encuentro, al verlo nuevamente alegre.

Fue así:

Por la madrugada, desperté, y al adormecerme nuevamente, me desprendí. Fui a una enorme sala, en la que se hallaban mamá y mi hermana Nena. Nos pusimos a orar.

Mientras rezábamos, veía pasar muchos espíritus sufridores. Después, en conjunto, vinieron diversos espíritus de lindas criaturas que, volando, pasaron sobre nuestras cabezas.

Uno de ellos me tocó suavemente. Deduzco que fue Diógenes, aunque no lo haya visto.

Al terminar la oración, nos levantamos.

Con gran sorpresa, me encontré con mi querido Diógenes a mi lado. Estaba muy sonriente.

Lo tomé en mis brazos y lo cubrí de besos. Después, le pregunté: “¿Ya estás bien, hijo mío?”

Y con una larga sonrisa infantil, contestó: ¡Ya, mamá!

Abrazándolo, le dije de nuevo: “¡Oh, qué feliz me haces con esas palabras!”

Volví al cuerpo. Me sentía triste al haber conversado muy poco con él.

Cerré mis párpados y, antes de quedarme dormida, volví a desprenderme nuevamente, regresando a la misma sala.

Allí, solita, pensé: Qué bueno sería si Diógenes volviera para conversar un poco más.

A mi lado, lentamente, comenzó a formarse un bulto.

¡Qué espanto! ¡Era Diógenes!

Muy contenta, interrogué: “¿Cómo conseguiste hacer eso, hijo mío?”

Respondió: “Es un secreto. No lo puedo decir”.

Después, le dije: “Ya te vi a ti dos veces, pero no vi a Drausio. ¿Dónde está?”

“Hoy, no sé dónde está”, contestó.

Preocupada, le pregunté si estaba solito, pues últimamente lo he visto siempre solo.

Él me dijo: “No se preocupe, mamá. Ayer por la noche, Orlando vino a jugar conmigo”.

Orlando es su primo. Todavía está encarnado. Eran muy amigos.

Después lo invité para que orásemos juntos. Rezamos el

Padre Nuestro entero. Oré con tanta calma y con tanta convicción sobre el valor de la oración, que hasta yo misma me asomé.

Continué diciéndole: “¿Viste, hijo mío? Así es como yo lo hacía mientras estabas en la Tierra. No morimos. Tú continuas tan vivo como antes. Solamente no podemos estar siempre juntos, porque estoy todavía en el cuerpo físico. Menos mal que Dios permite que nos encontremos para matar nuestra nostalgia”.

Abrazándome, contestó: “Tenía mucha nostalgia de usted. Ahora me siento mejor”.

Lo besé, y él comenzó a subir. Pero todavía sigue siendo una verdadera criatura. Le gusta jugar.

Después de haber subido hasta determinada altura, descendió súbitamente a mi lado. Me asusté y reímos gustosamente.

Le pregunté: “Debe ser placentero volar, ¿no, hijo mío?”

Respondió: “¡es una delicia, mamá!”

Era la primera vez que yo lo veía volar.

Después, me besó diciendo: “Ahora, me voy, mamá”.

Comenzó a subir... subir... subir...

Me quedé orando al Padre, mientras él subía.

Tal como hice cuando vi a Drausio subir por primera vez.

A su lado, iba otra criatura.

Ya a bastante altura comenzó a reír y, guiñando un ojo, parecía prevenirme de que iba a hacer una nueva travesura.

Jugando, empujó el espíritu que iba a su lado. Este espíritu,

se apartó rápidamente y con la misma rapidez, volvió al lado de Diógenes.

Ambos se pusieron a reír, y continuaron subiendo.

¡Oh, Padre Celestial! ¡No sé como agradecer la bendición recibida!

¡Vi a mi querido hijo, nuevamente feliz!

DIÓGENES ESTA TRABAJANDO

26 de mayo de 1968.

¡Oh, Padre Eterno! ¡Qué grande es tu bondad! Permitted que finalmente, me sintiera en paz.

¡Te lo agradezco, Señor! Estoy agradecida, también, a todos los hermanos que cooperaron conmigo, orando por Diógenes, especialmente, a mi querido hermano “Chico”.

No admires, lector, esta enorme gratitud que está en mi alma. No es para menos. Mi querido Diógenes, está trabajando ya.

Es verdad que su mejoría no fue exclusivamente consecuencia de las oraciones. Dependió, también, de su esfuerzo.

Comprendió que tiene que esforzarse para progresar. Las oraciones facilitaron esa comprensión, y le dieron fuerzas.

Vean lo que aconteció:

Por la noche, antes de dormirme, me desprendí y fui al “Hospital Espiritual”, en el que continúan haciéndome tratamiento.

Al llegar allá, me encontré con Drausio y con Diógenes, en un rincón de una sala, semejante a esas salas propias para intervenciones quirúrgicas, existentes en los hospitales terrestres. Todo, allí, era silencio.

Mis hijos, sonriendo, se aproximaron a mí y me besaron las manos.

Después de algunos instantes de expectativa, Diógenes me abrazó y, con aire de responsabilidad, dijo: “Mamá, lo que más me preocupa es la situación en que usted quedó en la Tierra. Solita, mamá querida”.

Parece que solamente ahora comprendió él la extensión de mi sufrimiento. Aunque todavía de aspecto aniñado, se ve más maduro. Su semblante es el de una persona responsable. Eso me alegró. Estaba vestido todo de blanco, como si fuera un enfermero.

Me pidió que me sentase.

Un médico se puso a examinar mi vista y a hablar con Diógenes, que iba diseñando anteojos en un papel.

Después, mi hijo dijo: “Usted tiene la vista perfecta. Ahora, acuéstese aquí”. Y me ayudó a echarme en una de las mesas que allí había.

En eso, llegó una hermana vestida como enfermera y se presentó diciendo: “Soy la hermana Livia”.

Diógenes, con mucho respeto, me dijo: “Mamá, ella es de superior jerarquía”.

La hermana, a su vez, le reprochó: “Vamos, Diógenes, ¿por qué dice eso?”.

Le hice ver que mi hijo había hecho muy bien en decírmelo, pues era para mí una gran alegría estar en presencia de una hermana de su importancia. Era una verdadera dádiva celeste.

La hermana Livia tomó entre sus dedos un poco de

algodón, más duro que el nuestro, que estaba embebido en un líquido azulado.

Comenzó a pasarlo sobre mi arteria, yendo hasta el corazón. Allí demoró mucho hasta que casi desapareció el algodón.

Entonces, me dijo: “La estoy tratando. Ya usted está bien”.

Le agradecí muy conmovida, diciéndole varias veces: “¡Qué Dios se lo pague, querida hermana! ¡Qué Dios la recompense, aumentando su luz!”

Al regresar al cuerpo, me recordé de que hace varios meses, venía sufriendo un dolor en la arteria aorta, y que a nadie le había dicho nada.

A pesar de no haberme cuidado de esa dolencia, noté que, días antes del término de ese maravilloso trabajo espiritual, el dolor iba desapareciendo hasta desaparecer por completo.

Como en las demás ocasiones, yo jamás podía suponer que estuviera siendo tratada espiritualmente.

Que Dios pague a los amigos de la Vida Superior. Que Jesús ampare a mis hijos, para que sigan progresando.

¡Gracias infinitas te doy, oh Padre Celestial!

Concede a todos los lectores que otorgaron el honor de leer este libro, vuestra Santa Protección.

ANTE LOS QUE PARTIERON

*Reunión pública del 24 de agosto de 1959.
Cuestión 936*

Ningún sufrimiento, en la Tierra, podrá ser comparado a aquel del corazón que se echa de bruces sobre otro corazón helado y querido, que el ataúd transporta hacia el gran silencio. Ver la niebla de la muerte estamparse inexorable en la fisonomía de los que amamos, y cerrarles los ojos en el adiós indescriptible, es como despedazar la propia alma y proseguir viviendo.

Que lo digan aquellos que ya estrecharon sobre su pecho un hijito transfigurado en ángel de agonía; un esposo que se despide procurando inútilmente mover sus labios mudos; una compañera cuyas manos consagradas a la ternura, cuelgan inanimadas; un amigo que cae desfallecido para no levantarse más, o un semblante materno acostumbrado a bendecir, y que no consigue otra cosa que expresar el dolor de la extrema separación, a través de la última lágrima.

Que hablen aquellos que un día se inclinaron, aplastados por la soledad, frente a un túmulo; los que se arrojaron orando sobre las cenizas que cubren el último recuerdo de los seres inolvidables; los que cayeron transidos de dolor y de nostalgia, cargando en el pecho el ataúd de los propios sueños, los que tantearon, gimiendo, la losa inmóvil, y los que sollozaron con

angustia en el santuario de los propios pensamientos, preguntando, en vano, por la presencia de los que partieron.

Cuando semejante prueba toque a tu puerta, reprime tu desesperación y diluye la corriente de la amargura en la fuente viva de la oración, porque los llamados muertos, están apenas ausentes, y las gotas de tu llanto fustigan su alma como una lluvia de hiel.

También ellos piensan y luchan, sienten y lloran.

Atraviesan la faja del sepulcro como aquél que sale de la noche, pero que, en la madrugada del nuevo día, se inquietan por los que quedaron... Oyen sus gritos y sus súplicas, en la onda mental cada vez que los lazos afectivos de la retaguardia se rinden a la inconformidad o se vuelcan en el suicidio.

Se lamentan cuando los ven cometer errores, y trabajan con ahínco, en la regeneración que les corresponde.

Te estimulan para que practiques el bien, tomando parte en tus dolores y en tus alegrías.

Se alegran con tus victorias en el mundo interno y te consuelan en las horas de amargura, para que no te pierdas en el frío del desencanto.

Tranquiliza, pues, a los compañeros que demandan el Más Allá, soportando valerosamente la despedida temporal, y honra su memoria abrazando con nobleza los deberes que te legaron.

Recuerda que en un futuro más próximo de lo que te imaginas, respirarás entre ellos, compartiendo sus necesidades y sus problemas, toda vez que terminará también tu propio viaje por el mar de las pruebas redentoras.

Y venciendo para siempre el terror de la muerte, no nos es lícito olvidar que Jesús, nuestro Divino Maestro y Héroe

del Túmulo Vacío, nació en una noche oscura, vivió entre los infortunios de la Tierra y expiró en la cruz en una tarde pardusca, sobre un monte empedrado, pero que resucitó en los cánticos de la mañana, en el fulgor de un jardín.

Mensaje transcrito del libro *Religión de los Espíritus*, dictado por el Espíritu de Emmanuel y psicografiado por Francisco Cândido Xavier.

¡NO DETENGA LA LUZ!
HAGA CIRCULAR ESTE LIBRO